ADMINISTRACION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

AL BORDE DEL ABISMO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

DON LUIS RIVERA

Estrenada en el teatro de Novedades el 20 de Noviembre de 1863.



MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

2

CATÁLOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.°

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	NOMBRES DE LOS AUTORES.	PRS.
Al que se hace de miel	D. Manuel García Gonzalez	4
El huérfano ó el niño mendigo	Laureano Sanchez de Garay	4
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!	Eduardo Zamora y Caballero.	4
Fuego entre ceniza	Javier de Ramirez	8
Fortunato Azares	Pedro Yago	4
El tio Fidel	José D'Araujo	4
Las pesquisas de mi suegro	Manuel García Gonzalez	4
Los dos preceptores	M. Breton de los Herreros	4
La mujer debe seguir al marido	José D'Araujo	4
Me conviene esta mujer	Eduardo Zamora y Caballero.	4
Misterios de la calle del Gato	Manuel García Gonzalez	4
¡Presente, mi general!	Luis Rivera	4
Por un bofeton un duelo	José Mazo	4
Triana la Macarena	Eugenio Sanchez de Fuentes	4
Vida prosáica	Antonio María Segovia	4
Un pollo que sufre mucho	Manuel García Gonzalez	4

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre	D. Eugenio de Olavarria	6

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez	D. Eulogio Florentino Sanz	8
Al borde del abismo	Luis Rivera	8
Don Tello de Guzman	Manuel García Gonzalez	8
El padre de familia	Luis Rivera	8
El honor y el trabajo	Idem	8
¡Españoles, á Marruecos!	Diego Segura	8
Las aves de paso	Luis Rivera	8
La historia de una madre	Luis Cortés y Suaña	8
La princesita	Laureano Sanchez de Garay	8
La fragata Belona	José D'Araujo	8
La piedra de toque	Eduardo Zamora y Caballero.	8
La teoría de la voluntad	Pedro Yago	8
Loco de amor	M. de Cuendias	8
Los franceses en España	Antonio Mendoza	8
Pecados del siglo XIX	José D'Araujo	8
Un dia en el gran mundo	Eduardo Zamora y Caballero.	8
Marco Spada	Idem	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas	Libreto.	D. Pedro Escamilla	4
	Música (1).	Modesto Julian	140
Cada loco con su tema	Libreto.	Graciliano de Puga	4
	Música.	Manuel Crescj	120
Casado y soltero	Libreto.	Luis de Olona	4
El amor y el almuerzo	Idem.	Idem	4
El Grumete	Música.	Emilio Arrieta	160
El hombre feliz (Monólogo)	Idem.	Idem	50
El Sonámbulo	Idem.	Idem	160
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Libreto.	Luis de Olona	4
Guerra á muerte	Música.	Emilio Arrieta	160
Impresiones de un viaje	Libreto.	Luis Rivera	4
Julio César (Monólogo)	Idem.	Idem	4
La cotorra	Libreto.	Luis de Olona	2
La pupila	Música.	Joaquin Miró	160
La cruz de los Humeros	Idem.	Manuel Crescj	200
La zarzuela (Mitad)	Libreto.	Luis de Olona	4
La dama del Rey	Música.	Emilio Arrieta	160
La vuelta del Corsario (segunda parte de *El Grumete*)	Música.	Idem	160
Lo que de Dios está	Libreto.	Graciliano de Puga	4
	Música.	Manuel Crescj	140
Las bodas de Juanita	Libreto.	Luis de Olona	4

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

AL BORDE DEL ABISMO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

DON LUIS RIVERA

Estrenado en el teatro de Novedades el 20 de Noviembre de 1863.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET

calle de la Libertad, núm. 29

1863.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES
MATILDE, marquesa de Alcira.	D.ª Maria Rodriguez.
ADELA DE MONREAL. . .	Josefa Rizo.
JORGE, marqués de Alcira.	D. José Ortiz.
JOSÉ ROMERO, bajo el nombre de San Genaro.	Benito Chas de Lamotte.
CORONEL..	Antonio Vivancos.
MOSQUERA..	Ceferino Hernandez.
EL CONDE DE ALMORADIX.	Sr. Vazquez
EL DUQUE DEL ARBOL SECO.	Perales.
DAMIAN.	Rica.
JUAN.	Justo.
PEDRO	N. N.

La escena es en Madrid: la accion contemporánea.

ACTO PRIMERO.

Salon espléndidamente iluminado; tres puertas al fondo que dan á otro salon; puertas laterales.—Mesa de juego á la derecha del actor; sofá á la izquierda.—Alfombra, muebles de lujo, etc.

ESCENA PRIMERA.

CORONEL.—MOSQUERA.

CORONEL. Ven acá, Mosquera: todo
está en regla ¿no es verdad?
MOSQUERA. Sí, señor.
CORONEL. ¿No falta nada?
MOSQUERA. ¡Yo soy muy particular
en esto de fiestas! ¡Toma!
quince años llevu ya
en la casa...
CORONEL. ¿Quince?
MOSQUERA. Justo,
salvo aquel año fatal...
CORONEL. Ya recuerdo.
MOSQUERA. Siempre he estado
con la mayor voluntad,
sirviendo al marqués de Alcira.
CORONEL. Así has llegado á alcanzar
su confianza.
MOSQUERA. Es muy buenu.
El amu es de mazapan

por lo dulce. ¿Pues y el ama?
la hermana de usía.

CORONEL. ¡Ya!
No descuides nada: quiero
que circule sin cesar
el ponche.

MOSQUERA. Yo estoy en todo.

CORONEL. La mayor puntualidad
te recomiendo.

MOSQUERA. Ya tengo
cada cosa en su lugar,
y entro, y salgo, y el bufet
registro, y mi actividad
es tal, que aquí tengo un pié
y otro tengo en el zaguan. (*Vase.*)

ESCENA II.

CORONEL.—DAMIAN.

DAMIAN. ¡Coronel!

CORONEL. ¡Amigo mio!

DAMIAN. Al cabo llego á estrechar
tu mano. Ya hace dos años
que no vienes por acá.

CORONEL. ¡Qué quieres! Así lo manda
la ordenanza militar.
Donde está mi regimiento
allí mis glorias están.

DAMIAN. ¿Y has venido?...

CORONEL. Con licencia,
porque queria abrazar
á mi hermana y á su esposo.

DAMIAN. Brillante fiesta nos dan
esta noche.

CORONEL. ¡Con mil diablos!
Asi su entrada triunfal
han de hacer en el gran mundo.

DAMIAN. Tú has venido á celebrar...

CORONEL. ¡Pues no! Cuando se casaron
estaba yo en Tetuan,
y pocos dias despues
se fueron á viajar
por Francia, donde han pasado

la luna de miel; y más
de un año de matrimonio
no fué bastante á entibiar
su cariño, que áun se adoran
como el primer dia.

DAMIAN. ¡Ajá!
Eso se llama querer.

CORONEL. Y querer sin ejemplar.

DAMIAN. ¿Y tú no te casas?

CORONEL. ¿Yo?
¡Qué idea!

DAMIAN. ¿Te asusta?

CORONEL. ¡Bah!
Dicen que es plaza sitiada
el yugo matrimonial,
de donde salir desean
aquellos que dentro están,
mientras los que se hallan fuera
se desviven por entrar.
Pues bueno, mi parecer
difiere de los demás.
Yo en lugar de entrar en ella,
te afirmo á fuer de leal
que á toda plaza sitiada
me gusta bombardear,
pero cuando está rendida
la dejó vivir en paz.

DAMIAN. ¿No te seduce la dicha
de tu cuñado?

CORONEL. No tal.
Cada uno tiene su punto
de vista. Soy militar:
nuesta vida no se aviene
con la coyunda nupcial.

DAMIAN. Cierto.

CORONEL. Por mucho que adore
uno á su cara mitad,
cuando está más descuidado
la tiene que abandonar.
Y la ausencia, amigo mio,
es una calamidad;
si presentes nos engañan,
ausentes ¿qué no será?
Y si, previsor marido,

la quieres siempre llevar
adonde á tí te destina
el capitan general,
es un alabar á Dios
lo que tienes que gastar
exponiendo á tu costilla,
y á la prole si la hay,
á seguir la guarnicion
como el bagaje local;
un dia en ferro-carril,
otro dia en alta mar,
sufriendo calor mañana
y más tarde un temporal.
Ya que se le pega el sol
en la alabastrina faz,
ya que asoma la reuma
producto de la humedad,
ya que el vapor le marea
dándole un tinte de agraz,
ó ya que á viajar la obligue
la dura necesidad
en una mula de paso
con su paraguas ¡tras, tras!,
lo que mirado á través
de un vestido de percal
escurrido, y de una cofia
de ama de llaves, hará
que te parezca un demonio
la mujer más celestial.

DAMIAN. Muy exacta es la pintura.

CORONEL. Yo lo he podido observar
en otros...

DAMIAN. Vamos al baile. (*Van á salir.*)
Tu hermana. Señora... (*Saludándola.*)

MATILDE. Ah! (*Al coronel.*)
Tengo que hablarte, Ricardo.

CORONEL. Pues ya me puedes mandar.
(*Damian saluda y sale.*)

ESCENA III.

MATILDE.—CORONEL.

MATILDE. (*Yendo á sentarse en el sofá, á la izquierda.*)
¿Conoces, hermano mio,
á Adela de Monreal?
CORONEL. ¿Cuál? ¿la esposa del baron
de San Genaro? En verdad
que gasta un lujo...
MATILDE. La misma.
CORONEL. Hace poco la ví entrar
con el baron.
MATILDE. Ya lo sé.
¿tú la conoces?
CORONEL. No tal.
Es decir, de verla sólo
esta noche... y nada más.
Pero ¿quieres que me entere?...
MATILDE. No hace falta.
CORONEL. Sin tardar...
MATILDE. No.
CORONEL. Como quieras.
MATILDE. Yo creo
que será casualidad,
pero es muy raro... (*Levantándose.*)
CORONEL. No entiendo.
MATILDE. Ha estado tan pertinaz
con sus miradas...
CORONEL. ¿A quién
miraba?
MATILDE. A Jorge.
CORONEL. Será
aprension tuya. Los celos
abultan la realidad.
MATILDE. Del cariño de mi esposo
nunca me atreví á dudar,
ni he sentido de los celos
el mal encubierto afan.
Mas te confieso que ahora
sin saber cómo, me está
atormentando esta idea.
Esa mujer singular

con su insolente hermosura
roba mi tranquilidad.

CORONEL. No hagas caso...

MATILDE. ¡Su mirada
inmóvil, fija, tenaz,
siempre clavada en mi esposo,
buscándole sin cesar,
me espanta!

CORONEL. ¿Y eso, qué importa?

MATILDE. Oh!

CORONEL. Que le mira y en paz.

MATILDE. Hay miradas tan ardientes
que al alma derechas van,
como si un secreto al alma
le quisieran revelar.
Y esos misterios que ocultos
en lo hondo del pecho están,
el rayo de la mirada
los publica sin cesar.

CORONEL. Das demasiada importancia
á una cosa tan trivial.
Y á propósito: tu boda,
que se llegó á efectuar
estando de guarnicion
yo en Africa, dime, ¿es tal
como me escribiste?

MATILDE. Sí.

CORONEL. ¡Pues envidio vuestro afan!
¡Felices esposos!

MATILDE. ¡Oh!
muy felices! Es verdad.

CORONEL. ¿Tanto le quieres?

MATILDE. ¡Oh, tanto
como se puede soñar!
Dos corazones que laten
siempre con ternura igual,
dos suspiros que se encuentran,
dos almas que al cielo van,
dos flores que crecen juntas
no pueden quererse más.

CORONEL. No sabes lo que yo gozo
con vuestra felicidad.
Y Jorge tiene un carácter
tan noble, tan franco y tan...

¿Mas dónde le conociste?
como nunca te oí hablar
de él...

Matilde. Estaba yo en Sevilla
con el tio un año hará,
cuando una tarde de mayo
salimos á pasear
el tio, la prima y yo
á caballo; y era tal
la hermosura de la tarde,
que en sus campos de azahar
nos sorprendió de la noche
la primera oscuridad.
Volviamos á galope
y mi soberbio alazan
viendo delante á Sevilla
se dejaba el viento atrás.
La crin tendida en el aire
y con paso desigual,
aquí arrancaba la yerba,
la espuma arrojaba allá.
La cola gallardamente
columpiándose á compás,
parecia rama de árbol
que arrebata el huracan.
De pronto con fiero empuje
y á toda velocidad,
por los campos de Sevilla
se desboca mi alazan.
Voces, gritos, todo junto
sentí á un tiempo resonar,
y yo allí helada de espanto,
y él corriendo más y más.
Zanjas y peñas saltaba,
y el rio se via allá,
y en él con veloz carrera
nos íbamos á estrellar...
En aquel supremo instante
de angustia horrible y mortal
sólo un ¡*Dios mio*! mis labios
consiguieron pronunciar.
Cuando ya de la corriente
nos retrataba el cristal,
una mano vigorosa

asió la brida, y parar
consiguió el ímpetu fiero
del desbocado animal,
que en tierra cayó conmigo
muerta de angustia y de afan.

CORONEL. ¿Quién era tu salvador?

MATILDE. ¿No lo adivinaste ya?
Era Jorge que en sus brazos
me pudo al cabo salvar.
A las puertas de mi alma
llamó con la caridad,
respondió mi gratitud;
y desde entónces están
enlazadas nuestras vidas
con cariño sin igual:
los que junta una desgracia
no se separan jamás.

ESCENA IV.

DICHOS.—SAN GENARO.—JORGE.

S. GENARO. Ya que ántes estaba usted (*A Matilde.*)
comprometida, ahora espero
que bailará usted conmigo
un vals.

MATILDE. ¿Un vals? Si no puedo,
porque estoy comprometida
toda la noche.

S. GENARO. Indiscreto,
seria si preguntase...

MATILDE. ¿Con quién? No es ningun misterio;
bailo siempre con...

JORGE. (*Desde el fondo.*) Matilde,
la orquesta nos llama.

S. GENARO. (¡Cielos!)

JORJE. Ven á bailar... (*Vanse Jorge y Matilde.*)

S. GENARO. (¡Con su esposa!)
¿pero señor en qué tiempos
vivimos?

CORONEL. Ya lo ve usted.

S. GENARO. Es claro que lo estoy viendo.

CORONEL. Están como dos pichones
los esposos.

S. GENARO. ¿Sí?
CORONEL. Muy tiernos.
S. GENARO. Ya comprendo.
CORONEL. Por si acaso.
S. GENARO. Pero es de mal tono.
CORONEL. Bueno.
Mas puede ser de buen gusto...
S. GENARO. ¿De buen gusto?
CORONEL. Para ellos.
Ambos se entienden y bailan
juntitos.
S. GENARO. Muy buen provecho.
CORONEL. Pero usted tambien se entiende
y baila solo... Hasta luego.

ESCENA V.

SAN GENARO.

¿Qué habrá querido decir
el hermano? Bah! No debo
sospechar... No me conoce
él ni nadie, y libre puedo
entregarme á mis placeres
favoritos. Un portento
de hermosura es la marquesa.
Y es su aire tan modesto...
¿Será verdad el cariño
que se tienen? Psi! Veremos,

ESCENA VI.

SAN GENARO.—DAMIAN.—EL DUQUE DE...—EL CONDE DE....

DUQUE. El premio de la carrera
estuvo bien dado.
CONDE. Niego.
Tú me sacaste ventaja
que á no haber sido por eso.
DUQUE. Pero hombre, si mi caballo
es un torbellino fiero,
y vuela.
CONDE. Mi yegua inglesa
se bebe siempre los vientos.

DUQUE. ¿Damian, no tengo razon?
DAMIAN. Sí, pero no disputemos
por tan poco.
DUQUE. Si es el conde
que se aferra...
DAMIAN. ¡Bah! ¡silencio!
Aquí teneis al baron
de San Genaro.
CONDE. Me alegro.
¿á que piensa como yo?
DAMIAN. Tengo el honor, caballero,
de presentarle á mi amigo
el duque del Arbolseco,
y al conde de Almoradix.
DUQUE.
CONDE. } Caballero. (*Saludando al baron*)
S. GENARO. ¡Caballeros!
CONDE. ¿Ha estado usted esta tarde
en las carreras, no es cierto?
S. GENARO. Sin duda, y he visto á ustedes.
El duque se llevó el premio.
DUQUE. Y con justicia, verdad?
S. GENARO. Al ménos así lo creo.
DUQUE. ¿Lo ves, conde? Eres un torpe.
CONDE. De mi opinion no me apeo.
DUQUE. ¡Qué terco! ¿No se figura
que su yegua *Kin* es viento
que á todos vence?
CONDE. Mi yegua.
es el animal más bello...
DUQUE. Exageras como buen
(*Se sienta al lado de San Genaro.*)
andaluz. Yo soy muy diestro
y muy instruido en caballos.
Soy abonado perpétuo
al Circo de Price, allí
tengo mi palco, y frecuento
la amistad de los artistas;
con los hombres fumo y bebo,
con las *ecuyers* me rozo;
y por lo demás, yo tengo
el mejor tronco... ¿usté ha visto
mi tronco?
S. GENARO. No (ni su leño).

DUQUE. Pues tengo dos yeguas rojas
de *pur sang* que meten miedo.
En la Fuente Castellana
siempre la atencion me llevo.

S. GENARO. ¿Usted ó las yeguas?

DUQUE. Hombre,
no habia yo caido en eso.

DAMIAN. Mas tambien es fuerte cosa,
que no hay quien por un momento
os haga pensar en otros
quehaceres ó pasatiempos.

DUQUE. ¿De qué quieres que se ocupen,
Damian, los hombres de nuestro
rango?

S. GENARO. Dice bien el duque.

CONDE. A mí me roban el sueño
sólo dos cosas: caballos
y toros: lo demás, cero.
Yo nací en Sevilla, allí
desde chiquito me hicieron
torear, y me da el naipe
para los vichos.

S. GENARO. Lo creo.

CONDE. Soy noble, soy rico, viajo
si me da la gana, vengo
de París, voy á Sevilla,
el verano á Italia, y luego
á Madrid: tengo mis rentas
y sacio así mis deseos.

DUQUE. Lo mismo me pasa á mí.
Por las mañanas paseo,
por la noche á los caballos,
y á última hora, pues, juego
en el Casino.

S. GENARO. Señores,
en todo nos parecemos.

DUQUE. Somos de la misma estofa.

DAMIAN. (Esto es, del mismo madero.)

ESCENA VII.

DICHOS.—MOSQUERA y un *mozo* con una bandeja en que lleva vasos de ponche.

MOSQUERA. Muchacho, acércate aquí
y sirve á estos caballeros.
S. GENARO. Un vaso de ponche.
DUQUE. ¡Ajá!
Si no es fuerte no lo quiero.
CONDE. Como deciamos, yo
que vivo del todo ajeno
á las mil preocupaciones
que en la sociedad observo,
no me cuido de otra cosa
que de divertirme.
S. GENARO. Apruebo
su conducta. Con más ron
estaria el ponche bueno.
MOSQUERA. La garganta de esta gente
debe estar forrada en hierro.
DUQUE. ¿Quién es el baron? (*Bajo á Damian.*)
DAMIAN. No sé, (*Id. al duque.*)
mas gasta mucho dinero.
DUQUE. Entónces no hablemos más.
El baron es de los nuestros.
DAMIAN. ¿Y qué me dicen ustedes
del soberano portento
de virtud y de hermosura
cuyo palacio soberbio
hoy se abre al mundo?
S. GENARO. ¿Habla usted
de la marquesa?
DAMIAN. Sí.
DUQUE. ¿Pero,
es verdad lo que se dice
de su virtud?
CONDE. No lo creo.
DUQUE. Todo el mundo se hace lenguas
hoy, del entrañable afecto
de ambos esposos.
S. GENARO. Señores,
cada cual segun su ingenio

ó su experiencia calcula
lo que habrá de verdadero
en esas virtudes nuevas.
Yo por mi parte no creo
en el amor de ninguna
mujer á su esposo.

DAMIAN. Ciego
debe estar quien no haya visto
excepciones...

CONDE. Yo confieso
que ignoro lo que es virtud;
siempre tras ella corriendo...
áun no he podido alcanzarla.

DAMIAN. La marquesa es un modelo,
y yo sé que su cariño
no vacila.

S. GENARO. Yo prometo
que hemos de ver lo contrario
sin que pase mucho tiempo.

DAMIAN. ¿Usted cree...?

CONDE. Sí, hombre, sí.
Todos son lo mismo. Siervos
son todos ellos de Dios,
y ellas... ya lo sabes.

DAMIAN. Pero...
entendámonos...

S. GENARO. Nosotros,
que somos los verdaderos
representantes aquí
de la sangre y del dinero,
los Tenorios de la villa,
los *leones* del paseo,
los que metemos más ruido
en la sociedad, y hacemos
mil tonterías diarias
sólo por matar el tiempo;
nosotros que nos reimos
de la virtud y el talento,
¿vamos á creer ahora
en dos esposos modelos
que las puertas del gran mundo
pisan de ternura llenos?
No: combatamos su engaño
y pongamos sin esfuerzo

una sombra aunque ligera
en su cariñoso afecto.

DUQUE. Guerra, guerra; eso me gusta.

CONDE. Ya se entusiasma mi pecho.

S. GENARO. Cada cual por sí trabaje.

DAMIAN. Guerra inútil.

S. GENARO. Lo veremos.

DUQUE. Al salon.

CONDE. Allí está ella.

DAMIAN. Viene usted?

S. GENARO. No, yo me quedo.

ESCENA VIII.

SAN GENARO.—Luego el CORONEL.

S. GENARO. (De mi amorosa inquietud
la fuerza, marquesa, es mucha;
hoy va á entablarse la lucha
de mi amor con tu virtud.)

CORONEL. (Malhaya la comision
que me encarga mi cuñado
como ministro enviado
cerca del señor baron.
Mas felizmente aquí está.
Señor baron!

S. GENARO. Coronel!

CORONEL. (Empieza ya mi papel.)
Usted me dispensará, (*Se sientan en el sofá.*)
pero tenemos los dos
que hablar de un asunto...

S. GENARO. Bien.

CORONEL. (¿Bien? mal digo yo.) Hay quien
dice que usted... (¡vive Dios
que mi elocuencia vacila!)
Ya debe usted comprender...
se trata de una mujer.

S. GENARO. Bien.

CORONEL. ¿Bien? (Silencio en la fila.)
Quisiera explicarme yo
de modo que usted al punto
se enterara del asunto...
¿No me comprende usted?

S. GENARO. No.

CORONEL. No, no. Y es muy natural,
nada he dicho todavía:
mire usted, aquí me envia
mi cuñado...
S. GENARO. Bien.
CORONEL. No, mal.
Se murmura en el salon,
que Adela y usted no están
casados.
S. GENARO. ¡Hombre!
CORONEL. Y lo dan
por seguro.
S. GENARO. Y con razon.
CORONEL. Pues una vez que es así,
hablémonos francamente: (*Se levanta.*)
Usted sin inconveniente
alguno la trajo aquí.
S. GENARO. Yo soy muy despreocupado.
CORONEL. Usted será lo que quiera,
y yo en esto no quisiera
mezclarme, mas mi cuñado...
En una palabra, yo
cumplo con decirle ahora
que advierta usté á esa señora,
con buenos modos, que no
vuelva aquí más. ¿Está usted?
S. GENARO. Sí.
CORONEL. ¿Sí?.. Usted es otra cosa...
¡Un hombre! (¡Qué embarazosa
comision!) Con que...
S. GENARO. Ya sé.
CORONEL. (Al cabo con mil sudores
salvé sin riesgo el abismo;
no les sucede lo mismo
á ciertos embajadores.)

ESCENA IX.

SAN GENARO.—MOSQUERA.

S. GENARO. ¿Otro desaire? ¡Qué importa!
¡Ah, marquesa, nos veremos!
Al fin nos encontraremos
á la larga ó á la corta.

MOSQUERA. Me gusta este movimiento
y este tragin, si señor...
¡y que no entiendo estas cosas
de baile y jaranas yo!

S. GENARO. Un criado. Si pudiera
indagar... oye...

MOSQUERA. Señor,
¿es á mí?

S. GENARO. Sí.—¿Eres gallego?

MOSQUERA. Y natural del Ferrol.
Vine á Madrid de chiquito
y me vistieron de grom
en la casa de mi amo
el marqués. Estaba yo
mas guapo con un chaleco
encarnado, y un calzon
blanco y ceñido, luciendo
las piernas que Dios me dió...
con las botas hasta aquí,
y un sombrero de señor...
parecia un general
de esos que salen el dos
de mayo á la calle...

S. GENARO. ¿Sí?
¿Con que has estado hasta hoy
al servicio del marqués?

MOSQUERA. Exceptuando un mes ó dos.
Y tiene tal confianza
en mí... (¿Qué miro? ¿No son
visiones... Ese semblante...
(*Reparando mucho en la cara del baron.*)
así me perdone Dios
como yo he visto esa cara
en otra parte?)

S. GENARO. ¿Y de grom
ascendistes?...

MOSQUERA. A criado.
Y ya mayordomo soy.
En teniendo uno talento
y un poco de aplicacion...

S. GENARO. Y despues que se ha casado
el marqués ¿te va mejor?

MOSQUERA. Así, así.. Ahora el ama
roba toda su atencion.

S. GENARO. ¿Y se quieren todavía?
MOSQUERA. Lo que es eso, sí señor.
El dia lo pasan juntos,
¡y la noche!...
S. GENARO. ¿Tú?... (*Con intencion.*)
MOSQUERA. Yo no
veo nada de esas cosas.
(¡Vaya un hombre socarron!
pero esa cara...)
S. GENARO. Si un dia
se presenta la ocasion
de que busques otro amo...
Yo...
MOSQUERA. Muchas gracias.
S. GENARO. Te doy
palabra... porque me agradas...
Acércate sin temor,
y hablemos un rato.
MOSQUERA. (Quiere
hacerme hablar, pero no.)
S. GENARO. ¿Te gusta el ponche?
MOSQUERA. No bebo
nada que tenga licor.
S. GENARO. ¿Por qué?
MOSQUERA. Porque la bebida
ya muy cara me costó.
Un dia estando en Valencia
con el señor marqués, por
complacer á un amigacho
con él entré en un meson,
y allí copa tras de copa
perdí el sentido y la voz.
Puesto ya en aquel estado,
no sé cómo sucedió
que me enredé con mi amigo
y le aticé un golpe atroz,
pongo por caso, en la panza,
que en un mes no se curó,
y eso que fué con el puño,
¡pero mi puño es feroz!
Me llevaron á la cárcel...
S. GENARO. ¿A la cárcel? (*Se levanta.*)
MOSQUERA. Sí, señor.
S. GENARO. ¿En Valencia?

MOSQUERA. Justamente

S. GENARO. (¡Diablo!)

MOSQUERA. Me tuvieron dos
meses, gracias al marqués
que en sacarme se empeñó.

S. GENARO. (En la cárcel! No me ha visto...
no me conoce... ¡Aprension!)

MOSQUERA. De aquel entónces juré
el no probar el licor,
y lo que es un juramento
mio, siempre se cumplió.

S. GENARO. ¿Nunca lo quebrantarás?

MOSQUERA. ¿Qué se piensa usted, señor,
que mi palabra es acaso
alguna constitucion?

S. GENARO. (De este hombre no saco nada.)

MOSQUERA. ¿Manda usté otra cosa?

S. GENARO. No.

MOSQUERA. Voy á ver si está allá dentro
todo en órden. (Santo Dios,
¿dónde he visto yo esta cara?
Non recuerdo. Mas ¡qué horror!
¿Si habrá estado en otro cuerpo
como las almas que yo
sé que pasan de uno á otro?...
(¡Pues, la *trasvinagracion!*) (*Vase.*)

ESCENA X.

SAN GENARO. — ADELA.

S. GENARO. No puedo de ese gallego
fiarme como quisiera.
Tras de ser agradecido,
no tiene tampoco queja
de sus amos...

ADELA. Te buscaba.

S. GENARO. ¿A mí?

ADELA. Sí.

S. GENARO. Quizá sospechas
que me han dado para ti
cierto encargo...

ADELA. ¡Buena es esa!
¡Un encargo! ¿Y quién?
S. GENARO. El dueño
de esta suntuosa fiesta.
ADELA. ¿El marqués?
S. GENARO. Justo.
ADELA. ¿Y qué es?
S. GENARO. Parece que no te pesa.
Veremos si tan alegre
te pones cuando lo sepas.
ADELA. Explícate.
S. GENARO. De su parte,
me han dicho que cuando quiera
visitarles, soy muy dueño,
pero solo.
ADELA. ¿Qué?
S. GENARO. ¿Te alegra?
ADELA. ¡Tal desaire á mí!
ADELA. Ya ves,
no hay más que tener paciencia,
porque está la sociedad
de preocupaciones llena;
y como no soy tu esposo...
y saben que eres soltera...
y como es tan delicada
esa señora marquesa...
pues, el que es despreocupado
y hace de esas gentes befa,
vive como le da gana,
mas sufre las consecuencias.
ADELA. Y tú respondiste...
S. GENARO. Nada.
¿Qué querias que dijera
á un ex-abrupto tan...?
ADELA. ¡Pues!
Quizá te alegraste...
S. GENARO. ¡Adela!
ADELA. Así podrás á tus anchas
visitar á la marquesa.
S. GENARO. ¿Celos?
ADELA. No. Celos suponen
amor...
S. GENARO. Gracias.
ADELA. Con franqueza. (*Ligera pausa.*)

S. Genaro. El lazo que nos ha unido
es tan frágil...
Adela. Roto queda.
S. Genaro. ¿Enemigos?
Adela. Al contrario.
Si tus planes me interesan...
Puedo servirte de mucho.
S. Genaro. ¿Tú... cómo?
Adela. De esta manera.
Ayúdame tú á vengarme,
y yo te ayudo en la empresa
de triunfar de esa orgullosa,
que me humilla y me desprecia.
S. Genaro. ¡Adela!
Adela. ¡Sí! Ya me canso
de escuchar por donde quiera
elogios á una virtud
que el mundo no ha puesto á prueba.
Para ellas desde el nacer
ancha y florida es la senda
de la vida... Para otras
es un sendero de penas.
¡Pues bien! Si son tan honradas,
que luchen y que se venzan.
¿Aceptas el pacto?
S. Genaro. Bah!!
Adela. Habla.
S. Genaro. El enojo te ciega.
Adela. Te advierto que por tí solo
no alcanzas lo que deseas,
y yo quiero que el escándalo
vengo detrás de la afrenta.
S. Genaro. ¿Tú me prometes?
Adela. Sí, pero
te exijo que me obedezcas.
S. Genaro. ¿De qué modo?
Adela. Desde hoy
dejarás de verme.
S. Genaro. Sea.
Adela. Yo pasaré por tu víctima,
y en tanto, tú sin reserva
estrecharás la amistad
con el marqués...
S. Genaro. Esa idea...

No te comprendo...

ADELA. ¡Es tan fácil, que olvidando á la marquesa caiga el marqués á mis plantas!...

S. GENARO. ¡Ah! ¡Con qué infernal destreza vas preparando el asunto!

ADELA. Es muy buena consejera la venganza. Pero cuida de que este plan no se vea. El marqués dando el ejemplo... y luego celosa ella... y nosotros atizando el fuego de sus sospechas... ¡Oh, sí, al borde del abismo, yo empujaré á la marquesa! ¡Lo que no inventa el amor el despecho es quien lo inventa!

S. GENARO. ¡Te conozco en ese rasgo!

ADELA. Desde ahora la lucha empieza.

S. GENARO. ¡Que vienen!...

ADELA. ¡Silencio!

ESCENA XI.

DICHOS.—DUQUE.—CONDE.—DAMIAN.—JORGE, que se queda observando en el fondo.

DUQUE. Aquí. podemos jugar. (*Se sienta á jugar á la derecha.*)

CONDE. ¿Es cierta la nueva de que el baron no es el esposo de Adela?

DAMIAN. Así parece.

DUQUE. ¡Y qué importa!

CONDE. Viva como le parezca cada cual.

ADELA. ¡Señores mios! (*Saludando á los tres.*)

DUQUE. ¿Se va usted ya? (*Ninguno de los tres se levanta.*)

ADELA. Sí.

CONDE. (*Bajo á los otros.*) (La echan.)

DAMIAN. ¿Cómo tan pronto?...

DUQUE. Es extraño...

ADELA. Me encuentro un poco indispuesta.

CONDE. Yo siento que usted nos prive...

DUQUE. (¿Y cómo el baron la deja
marchar sola?...) (*Aparte á los tres.*)

ADELA. Buenas noches.
(*La saludan sin moverse de la mesa.*)

JORGE. ¡Ni por atencion siquiera (*Aparte desde el fondo.*)
la ofrecen el brazo!

ADELA. ¡Cielos!
¡qué humillacion! ¡qué vergüenza!
(*Va á salir y el marqués la detiene.*)

JORGE. ¿Me permite usted, señora,
que hasta su coche le ofrezca
el brazo?

ESCENA XII.

DICHOS.—MATILDE.

ADELA. ¡Oh! muchas gracias!
(*Cogiéndose del brazo de Jorge.*)

(*Van á salir, al tiempo que sale Matilde y se sorprende al verlos. Mosquera y un criado se dirigen á la mesa en que juegan. El baron de San Genaro observa á Matilde y á Jorge.*)

MATILDE. ¡Qué veo, el marqués con ella!

MOSQUERA. Sirve ponche á esos señores.

S. GENARO ¡Bravo! la batalla empieza! (*Sentándose en el sofá.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante en casa del marqués.—Puertas laterales y al fondo.—A la izquierda del actor velador, butacas, chimenea.—A la derecha en primer término sofá, en segundo una mesa, cómodas, espejos, sillería y demás muebles de lujo.— Es de noche: luces sobre la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MOSQUERA.

Pues señor, veré si arde
la chimenea. Está bien.
Como estos criados son
tan descuidados... A fe
que cuando yo era sirviente,
daba contento de ver
cómo estaba todo en órden...
¡qué tiempos aquellos!... Qué!...
Hoy dia se sirve mal.

ESCENA II.

MOSQUERA.—JUAN, con un periódico.

MOSQUERA. ¿Qué traes ahí?
JUAN. El papel.
MOSQUERA. ¿De escribir?
JUAN. ¡Quiá! No, el diario...

MOSQUERA. El periódico: habla bien. (*Reprendiéndole.*)
JUAN. (Qué orgulloso!)
MOSQUERA. Dame acá.
(*Quitándole el periódico.*)
JUAN. Tengo que hablar con usted.
MOSQUERA. Pues ya te escucho, lacayo.
(*Sentándose en una butaca.*)
Escomienza.
JUAN. Ya hace un mes
que sirvo como Dios manda
en esta casa.
MOSQUERA. Lo sé.
El mismo tiempo que yo
por mandato del marqués
á mayordomo ascendí:
¿me entiendes?
JUAN. Yo soy muy fiel
y reservado.
MOSQUERA. Eso es bueno.
JUAN. Pero ya me canso de
la vida que aquí se hace.
MOSQUERA. ¿No te dan bien de comer?
JUAN. Eso sí.
MOSQUERA. ¿Y cobras tu sueldo
duro sobre duro al mes?
JUAN. Es claro.
MOSQUERA. ¿No estás vestido
desde la cabeza al pié
con decoro?
JUAN. No lo niego.
MOSQUERA. Pues entónces, Lucifer,
¿cómo te cansa esta vida
cuando estás hecho un marqués?
JUAN. Aquí no hay gajes.
MOSQUERA. ¿Qué dices?
JUAN. Como no hay ningun belen
en esta casa...
MOSQUERA. ¡Muchacho!
JUAN. No hay propinillas ni... ¡pues!...
y el sueldo limpio es muy poco.
MOSQUERA. Vaya una desfachatez.
JUAN. Oh, yo marcho con el siglo,
y voy tras de mi interés...
MOSQUERA. Tú.

JUAN. Me gusta el libre cambio.
MOSQUERA. Lo primero es el deber.
JUAN. No, el cobrar.
MOSQUERA. Estos criados
del dia, son de la piel...
JUAN. Cada uno va á su negocio.
Yo le serví á un brigadier
de marina y me ganaba
un dineral cada mes
por llevar á un diputado
las cartas de su mujer.
Yo obedecia á los amos;
no, no me lo niegue usted,
y hacia además mi agosto;
pero lo llegó á saber
el brigadier cierto dia,
y me perdí el momio aquel,
á más de chuparme aquí,
salvo error, un puntapié.
Más tarde serví á un ministro
con dos hijas... daba *tés*,
y habia mil pretendientes
de amor y empleo... Así fué
que hice en tres meses mi acopio,
y me echaron por hacer
el oso á una doncellita
que me dijo: «envide usted.»
MOSQUERA. ¿Sabes qué eres una alhaja?
Mas te prevengo esta vez
que si te cojo en renuncio
en esta casa, has de ver
qué gran propina te mamas
por detrás con un cordel...
¿me entiendes?
JUAN. Yo...
MOSQUERA. (*Se levanta.*) Eres indigno
por lo que llego á entender
de llevar puesto ese traje
que yo en otro tiempo honré.
Mas voy á darte un consejo.
Tú eres jóven; sirve bien
á los amos; no te metas
nunca en llevar ni traer,
mira que lo mal ganado

suele salir al revés.
Tú tienes mala madera
para el trabajo y para el...
pero has de andarme derecho
mientras que conmigo estés.
Si así lo haces, Dios te premie;
si no, yo te pagaré.

JUAN. No lo echaré en saco roto.

MOSQUERA. ¿Ves este puño?

JUAN. Sí.

MOSQUERA. Pues
el dia que te resbales
te rompo el alma con él:
¿me entiendes?

JUAN. (Sermon inútil.)

MOSQUERA. He dicho: pásalo bien.

ESCENA III.

MOSQUERA, vuelve á sentarse y coge el periódico.

Está perdido el servicio
en la corte. Vea usted
ese arrapiezo que piensa
en intrigas, gajes, y en...
A propósito: aquí leo
un lance que viene á ser
la verdad de lo que digo:
(*Leyendo en el periódico.*)
«En la calle del Clavel,
á un comerciante de pieles
robó su criada Inés
todo cuanto en casa habia;
pero le dejó la piel.»
Es decir, le dejó en cueros
la criada... mas ¿quién es?

ESCENA IV.

MOSQUERA.—MATILDE.

MOSQUERA. Ah, la señora marquesa.

MATILDE. Mosquera, ¿ha venido?

MOSQUERA. ¿Quién?
MATILDE. El marqués.
MOSQUERA. Aún no, señora.
MATILDE. Ni sabes...
MOSQUERA. ¿Qué he de saber
si desde ayer no le he visto?
MATILDE. ¡Desde ayer!
MOSQUERA. ¡Y extraño es,
á fe mia! ¿Dónde pasa
tantas horas? No lo sé.
MATILDE. Quiero estar sola.
MOSQUERA. Me voy.
(Se me parte el alma al ver
la mudanza de esta casa.
Ella está muy triste, y él...
Aquí se acerca el baron...
Esta cara...) Pase usted. (*Vase*).

ESCENA V.

MATILDE.—SAN GENARO.

S. GENARO. ¡Señora! (Pálida está.)
MATILDE. Siéntese usted.
S. GENARO. Muchas gracias. (*Sentándose.*)
¿Y el marqués?
MATILDE. No está.
S. GENARO. ¿Ha salido?
MATILDE. Sí.
S. GENARO. Creo que esta mañana
le ví con usted.
MATILDE. ¿Conmigo?
S. GENARO. Entónces me retiraba
yo del Casino, y ustedes
sin duda de alguna grata
reunion... quizá de un baile.
MATILDE. Si no entiendo una palabra...
¿Usted me vió á mí?
S. GENARO. Señora,
áun cuando no ví su cara,
presumí que con usted
su esposo se retiraba.
MATILDE. ¡Del brazo!

S. GENARO. Sí. Y parecian
tratarse con confianza.
¿Pero he dicho una imprudencia?
MATILDE. No, señor.
S. GENARO. (Prendió la llama.)
MATILDE. ¿Y no sabe usted más?
S. GENARO. No.
Pero usted que está enterada,
podrá decirme...
MATILDE. Muchísimo. (*Se levantan.*)
¿Más si usted se equivocara
y la que al salir del baile
el marqués acompañaba
fuera otra y no su esposa?...
S. GENARO. Supongo que es una chanza...
MATILDE. Suponga usted lo que guste,
mas respóndame sin falta.
S. GENARO. De no ser usted... varía
la cuestion... ¡Fuera una infamia
engañar á una inocente
esposa que confiada!...
MATILDE. ¿No es verdad?
S. GENARO. Cualquier castigo
merece traicion tamaña.
MATILDE. ¿No es verdad?
S. GENARO. Aquel que deja
muerta de dolor en casa
á quien más que otra cualquiera
vale en belleza y en alma...
MATILDE. ¿No es verdad?
S. GENARO. Y el que así afrenta
á la que su honra guarda...
MATILDE. ¡No merece amor, ni fe,
ni!...
S. GENARO. Mucho usted se entusiasma.
MATILDE. Era una suposicion
nada más, y me dejaba
llevar del calor que usted
sabe dar á sus palabras.
S. GENARO. (Ya la fiebre de los celos
la está devorando el alma.)
MATILDE. ¿Baron? ¿qué hará usted por mí?
(*Con resolucion.*)
S. GENARO. Señora, si usted me manda

perder la vida...

MATILDE. No tanto.

S. GENARO. Lo que usted quiera.

MATILDE. ¡Las lágrimas
me estan ahogando!

S. GENARO. ¡Matilde!

MATILDE. Pero no tema usted nada,
no asomarán á mis ojos
porque la irá las espanta.
Quiero saber quien es esa
mujer á quien Jorge ama.

S. GENARO. ¿Que ama Jorge á otra mujer
dice usted?

MATILDE. ¿Eso le extraña?

S. GENARO. Luego es verdad?...

MATILDE. ¡Que me muero!

S. GENARO. Y que él en pago...

MATILDE. ¡Me engaña!

S. GENARO. Pues y aquel amor tan puro...

MATILDE. Mentira todo.

S. GENARO. ¡Me pasma!...

MATILDE. ¿Y usted que es su íntimo amigo
de todo ignorante estaba?

S. GENARO. Si por ventura de mi
su esposo se aconsejará,
¿le permitiria yo
cosa á su dicha contraria?

MATILDE. ¡Qué corazon tan leal!
Tengo en usted confianza,
y si me promete hacer...

S. GENARO. Todo.

MATILDE. Déme usted su palabra.

S. GENARO. La empeño.

MATILDE. Pues bien, deseo
que usted hoy mismo sin falta
averigüe quien es esa
rival.

S. GENARO. Aquí sin tardanza
volveré con lo que sepa.
(Pobrecilla, que te clavas.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

MATILDE.—CORONEL.—MOSQUERA, saliendo por la puerta izquierda.

CORONEL. Mosquera, no te descuides
en preparar mi equipaje;
déjame fuera aquel traje
para el camino, y no olvides
que tienes que ir á tomar
el billete.

MOSQUERA. Voy ahora.
Aún está aquí la señora. (*Vase por el fondo.*)

CORONEL. Matilde, voy á dejar
vuestra alegre compañía.

MATILDE. ¿Te marchas?

CORONEL. Y con urgencia;
ya ha cumplido la licencia;
mañana emprendo la via.
Puedo marcharme contento,
pues que dejo dos esposos
que se aman y son dichosos.

MATILDE. ¡Ay!

CORONEL. ¡Voto á mi regimiento!
ahora que lo miro bien
tu semblante se ha turbado...
no me engaño... ¡Tú has llorado!
¿Matilde, responde, quién
es causa de tu dolor?
¿De qué nace esa amargura?

MATILDE. ¡Amor era mi ventura
y mi desdicha es amor!

CORONEL. Por Dios, no me ocultes nada.

MATILDE. Dia de penas es hoy:
sabe, pues, sabe que estoy
celosa y desesperada.

CORONEL. ¿Jorge causa tu afliccion?

MATILDE. El, matando mi alegría,
se aleja mas cada dia
de mi pobre corazon.
Y redobla mi inquietud,
pues que en vano le esperé.

CORONEL. ¡Voto á cien truenos! yo haré

que respete tu virtud.
Yo que estaba tan ufano
creyéndote muy dichosa...
Oh! yo le veré... Esta es cosa
que sabrá arreglar tu hermano.
Suspendo ya mi viaje
para otro dia.

MATILDE. No tal.
(¿Por qué le he dicho...? ¡Fatal
imprudencia!)

CORONEL. De este ultraje
me dará cuentas á mí
como es justo, y arda Troya;
yo no vivo sin tramoya
ni lances. Me quedo aquí.

MATILDE. (¿Cómo evitar?..) Yo quisiera
que tú no tomaras parte
en este asunto.

CORONEL. Agradarte
creia.

MATILDE. A veces, ligera
sospecha nada mas...

CORONEL. Pues
á lo ménos, sin testigo
le hablaré como á un amigo,
suplicándole...

MATILDE. Eso es,
que yo me puedo engañar:
¡nos ciega tanto el amor!

CORONEL. Le pintaré tu dolor
y me tendrá que escuchar.
(*Entra Mosquera.*)

MOSQUERA. Como que se halla ahí enfrente
la administracion, llegué
y este billete tomé
para mañana.

CORONEL. Corriente;
corre á la administracion
y devuelve ese billete.

MOSQUERA. Pues voy en un periquete. (*Se va.*)

CORONEL. Yo á mi nueva comision. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MATILDE, sola.

Era mi dicha un tesoro
de dulce y tranquilo amor;
pero me engaña el traidor,..
y sin embargo, le adoro!
¿Mas de que sirve llorar?
vendrá algun dia el infame
y entónces quizás no le ame...
Tambien se aprende á olvidar.
Castigaré su traicion...
mi enojo verá el cruel...
¡más, ay, que siempre tras él
se me escapa el corazon!
(Cae en un sillon. Llora cubriéndose el rostro con las manos.)

ESCENA VIII.

MATILDE.—EL MARQUES.

La puerta del fondo se abre y aparece el MARQUES pálido y desencajado. Deja su abrigo, que traerá del brazo, y el sombrero sobre una silla y se adelanta.

MARQUES. (Ella! Mucho habrá llorado
mientras yo... ¿qué la diré?...
¡Oh tengo vergüenza de!...)
(El Marqués se adelanta. Ella le ve y se arroja precipitadamente en sus brazos lanzando un grito de alegría.)
MATILDE. Ah! *(Momento de pausa)*
MARQUES. (¡Infeliz!)
MATILDE. ¡Cuánto has tardado!
Yo perpétua centinela
de una pena que tú ignoras,
por tí he pasado las horas
que faltas de casa, en vela.
MARQUES. ¡Matilde!
MATILDE. ¿No me amas ya?
MARQUES. ¿Puedes dudar?
MATILDE. Pues entónce,

¿por qué tu pecho de bronce
sordo á mis quejas está?
¿Por qué con fieros rigores
arrancas de este alma pura
aquella casta ternura
de mis primeros amores?
Ayer, benditos de Dios,
nuestros sueños amorosos
hacian de dos esposos,
un alma para los dos.

MARQUES. Si, sí, mi memoria es fiel,
no olvida ventura tanta.

MATILDE. Mas tu mudanza me espanta.

MARQUES. Matilde!

MATILDE. ¡Qué tiempo aquel! (*Transicion.*)
¡Ah! perdóname: queria
reñirte mucho ¿no sabes?
¡Oh, cerrado con cien llaves
mi corazon te tenia!
mas ya que verte consigo,
se disipan mis enojos:
¡no sé que tienen tus ojos
que tanto pueden conmigo!
¡Cuánto tiene que contarte,
querido Jorge, tu esposa!
Tambien he estado celosa..

MARQUES. ¿Tú?

MATILDE ¡Vaya, y mucho!

MARQUES. ¿Enojarte
pude yo? ¿Posible fué?

MATILDE. ¿Por qué habrá seres ingratos?
¡Si vieras que malos ratos
esperándote pasé!

MARQUES. ¡Oh!

MATILDE. Para tratarme así,
con ese desden impio,
respóndeme, Jorge mio,
¿qué queja tienes de mí?
Siéntate: te quiero hablar
con franqueza.

MARQUES. ¡Quién te iguala!
(*Se sientan en el sofá.*)

MATILDE. Mira que yo soy muy mala
cuando me llego á enfadar.

MARQUES. ¡Eres un ángel!
MATILDE. Tú mano
en las mias... ¿Tiemblas, di?
MARQUES. No tiemblo no tal.
MATILDE. Temí...
MARQUES. Desecha ese temor vano.
MATILDE. Mira, si yo te he ofendido,
confiésalo sin reparo.
MARQUES. ¿Quién, tú?
MATILDE. ¿Tengo el genio raro?
A veces por un descuido...
MARQUES. Matilde, tanta bondad
cuando yo...
MATILDE. ¿No acabas, pues?
MARQUES. ¡Sí, tal, cuando tu amor es
mi mayor felicidad!
MATILDE. Dulce y tierna compañera
que hasta el sueño te he guardado,
¿no he sido siempre á tu lado
yo, la misma que ántes era?
¿No esperaba tu venida
que daba aliento á mi amor
como espera el ruiseñor
la luz que al campo da vida?
En mí, sin querer, rebosa
casta ternura infinita;
alma que de amor palpita
es el alma de tu esposa.
Nunca con vanos antojos
de tu cariño dudé,
y no ignoras, Jorge, que
me estoy mirando en tus ojos.
Quisiera hacerte sentir
las penas que por ti lloro;
mas si digo que te adoro,
¿qué más te puedo decir?
¿Cómo te podré expresar
lo que esconde mi deseo,
si el dia que no te veo,
Jorge, me siento enfermar?
Pues bien: para que tú así
me condenes al olvido,
en algo te habré ofendido:
¿qué quejas tienes de mí?

MARQUES. Ninguna: nadie es culpable
sino yo, Matilde mia.
(*Se levanta y pasa al otro lado.*)
MATILDE. ¿Te cansa mi compañía?
MARQUES. ¡Calla, soy un miserable!
MATILDE. ¡Ni áun tu talento ensayó
una disculpa siquiera!
¿En dónde la noche entera
has pasado?
MARQUES. Qué sé yo...
Mis amigos...
MATILDE. ¡Esto es llano!
¡Mis amigos!... Preferible
es la verdad más horrible
á pretexto tan liviano.
MARQUES. Te juro...
MATILDE. ¿Qué vas á hacer?
¡juramento fementido!
primero que envilecido,
ingrato te quiero ver.
MARQUES. ¡Dios mio!
MATILDE. ¿Bajas la vista?...
MARQUES. Más tarde te explicaré...
MATILDE. No, más tarde no te oiré.
¿Dónde hay fuerza que resista
desengaño tan atroz?
¡Sufro mucho, mucho! Ya
resuelto mi plan está.
Sin gritos, sin una voz
que haga inclinar tu cabeza
ó el corazon te taladre,
bajo el techo de mi madre
iré á esconder mi tristeza.
MARQUES. ¿Matas así mi esperanza?
MATILDE. ¡El lo ha querido y se queja!
MARQUES. ¿Te vas?
MATILDE. ¡Mi madre es tan vieja!
Allí no habrá ya mudanza.
MARQUES. Matilde ¡oh! por favor
no me arrojes al abismo;
yo tengo horror de mi mismo,
yo me pierdo sin tu amor.
MATILDE. ¿Cómo he de darte consuelos
yo que por la vez primera

me abraso en la horrible hoguera
de mi dolor y mis celos?
Cuando un hora y otra hora
se espera el esposo amado,
mientras él está postrado
á los piés de otra que adora;
¿no sabes tú con qué extraños
martirios la frente abrasan,
esas horas que no pasan,
esos dias que son años?

MARQUES. Eres mi esposa.

MATILDE. Tú has roto
nuestra union.

MATILDE. Pero yo tengo
derechos, y te prevengo
que á tu furor pondré coto.

MATILDE. Será en vano.

MARQUES. No por cierto.

MATILDE. Ya con mi madre me voy...

MARQUES. Mira que á tus plantas hoy
vengo de rubor cubierto.
Justicia hará el porvenir
al amor que en mí atesoro.
¿No ves que soy hombre y lloro?
¿Qué más te puedo decir?

MATILDE. ¡Ah!

MARQUES. Si áun así no se ablanda
á mi súplica tu pecho,
de tu madre bajo el techo
llevaré yo mi demanda:
y de rodillas allí
la diré mi amarga pena...
la pobrecita es tan buena
que llorará al verme así.

MATILDE. Jorge! Jorge! (*Cayendo en brazos del marqués.*)

MARQUES. ¡Prenda mia!

MATILDE. ¿Durarán siempre estos lazos?

MARQUES. ¡Siempre! ¿Cómo hacer pedazos
la union que Dios bendecia?
Quiero que tranquila estés...
Nada hay aquí que me importe...
nos iremos de la córte
mañana mismo.

MATILDE. Eso es.

ESCENA IX.

DICHOS.—El BARON DE SAN GENARO.

MARQUES. ¡Amigo baron!
S. GENARO. ¡Señora!
(Muy uniditos los veo.)
MARQUES. Voy á leer el correo
y vuelvo al punto. Hasta ahora.
(*Vase puerta izquierda.*)
S. GENARO. Puesto que Jorge se va,
voy á revelar á usted...
MATILDE. Hágame usted la merced
de no recordarme ya...
S. GENARO. ¿Eh?
MATILDE. Nada quiero saber:
me adora Jorge... su boca
me lo jura, y estoy loca
de alegría y de placer.
¿No se alegra usted, baron,
de mi ventura infinita...?
S. GENARO. Sí, pero usted no medita...
MATILDE. Si hablo con el corazon...
S. GENARO. Jorge adora á otra mujer...
Su nombre...
MATILDE. Calle usté el nombre.
S. GENARO. Pero, señora...
MATILDE. ¡Pero, hombre,
si no lo quiero saber! (*Vase puerta derecha.*)

ESCENA X.

BARON, sólo.

¡Me he lucido, vive el cielo!
rota contemplo la trama
que ella misma... Esto se llama
llegar y besar el suelo.
¡Y estaba tan bien urdido
para esta noche mi plan!...
¿Qué ha pasado aquí? Ó están
locos, ó yo estoy vencido.
Desistiré? Qué bobada!

Lucharemos con valor;
es una cuestion de honor
contra el honor empeñada.
Cuestion de tanto interés
que no hay otra para mi...
y es que á ella la adoro, sí,
tanto como odio al marqués.
Empezó por la venganza,
y creció en mi corazon
esta violenta pasion,
que es ya mi sola esperanza.

ESCENA XI.

SAN GENARO.—MARQUÉS, con carta.

MARQUES. Tambien es casualidad,
llegar tan á punto.

S. GENARO. ¿Qué?

MARQUES. De fijo la compraré.

S. GENARO. ¿Alguna casa?

MARQUES. Es verdad.
Una casa recien hecha
con huerta y jardin.

S. GENARO. ¿Se vende?

MARQUES. Y barata.

S. GENARO. Se comprende...

MARQUES. Y con esta misma fecha
quiero... ¡ah! ¡qué pensamiento
tan feliz me ocurre!

S. GENARO. ¿Sí?

MARQUES. Voy allá; la compro, y
me vuelvo alegre y contento
para dársela á Matilde
como regalo.

S. GENARO. Es decir...

MARQUES. Que iremos allá á vivir.

S. GENARO. ¡Ya! No habrá nadie que tilde
á usted de glacial esposo;
y en esta prueba me fundo;
la sorpresa vale un mundo,
y el regalo es asombroso.

MARQUES. ¿La sorpresa? Buena idea.

S. GENARO. ¿La quinta está?

MARQUES. En Aranjuez.
S. GENARO. Pues es ganga.
MARQUES. Sí, pardiez.
Sin que ella nada entrevea,
esta tarde voy allá,
y por la mañana ufano
vendré á poner en su mano
la escritura.
S. GENARO. Bien está.
Más si ella averigua algo
da al traste con la sorpresa.
MORQUES. Fingiré que es de òtra empresa
el asunto... y... pues, me valgo
de cualquier pretexto...
S. GENARO. Justo.
MARQUES. Primero se enfadará,
más despues se alegrará
y con creces.
S. GENARO. (A tu gusto,)
MARQUES. Cuanto ántes la he prometido
marchar de Madrid...
S. GENARO. ¿Los dos?
MARQUES. Si, y más pronto...
S. GENARO. (¡Vive Dios!
que está en sus trece el marido.)
MARQUES. (*Llamando á la puerta derecha.*)
«¡Matilde!» Voy á decirla
que no me espere.

ESCENA XII.

DICHOS. — MATILDE.

MATILDE. ¿Has llamado?
MARQUES. Sí, mira, voy á salir;
tengo que hacer un encargo...
MATILDE. ¿De qué se trata?
MARQUES. De un
asunto muy reservado.
MATILDE. ¿Y vendrás pronto?
MARQUES. Quizá
pase la noche en el campo.
MATILDE. ¿Cómo.. .la noche?
MARQUES. Sí, tengo

que ir á Aranjuez; por lo tanto
mientras vuelvo... El baron sabe
que no es posible dejarlo
para otro dia.

MATILDE. ¿De veras?

S. GENARO. Es verdad. (*Ap. á Mat.*) Sabrá usted el caso
despues.

MATILDE. Pues no te detengas,
Jorge.

MARQUES. Mañana temprano
me tienes aquí de vuelta,
y te alegrarás...

MATILDE. Es claro.
(*Va á sentarse á la derecha.*)

MARQUES. ¿Baron, quiere usted venir?
Aparte de aquel encargo,
bien podemos divertirnos...

S. GENARO. Sin duda, pero me hallo
algo indispuesto; prefiero
acompañar algun rato
á su esposa, y distraerla... (*Se sienta.*)

MARQUES. Muy bien.

MATILDE. (*Sin levantarse.*) ¿Aun no te has marchado?

MARQUES. Al punto. (Los dos parecen...)

MATILDE. (¡Oh! de impaciencia me abraso
por saber...)

MARQUES. Hasta la vuelta.

MATILDE. (*Con sequedad sin volver la cabeza.*)
¡Adios!

MARQUES. (*Aparte, al salir, despues de mirar á Matilde.*)
¡Qué gesto y qué cambio!

ESCENA XIII.

SAN GENARO.—MATILDE.

MATILDE. ¿A qué va Jorge á Aranjuez,
lo sabe usted?

S. GENARO. Me ha encargado
guardar secreto...

MATILDE. Y usted
como buen amigo, vamos,
tambien le ayuda...

S. GENARO. Señora,

pues si he estado aquí luchando
por detenerle...

MATILDE. Segun
eso todo está ya claro...
Esa mujer... ¿quién es ella?
usted lo sabe. Hace un rato
que usted me dijo...

GENARO. ¿Yo dije?...
(La cosa se va enredando.)

MATILDE. Hable usted, hombre.

S. GEDARO. El marqués...

MATILDE. Me engaña... Sí, estoy al cabo,
¿pero con quién? ¿dónde, cómo?
¿á qué hora? hombre, vamos,
que con esa fria calma
me está usted desesperando.

S. GENARO. Pues una vez que es preciso,
por usté á la amistad falto.
Salga pues este secreto
de un corazon lastimado.
Su esposo de usted adora...

MATILDE. ¿A quién?

S. GENARO. Me asombra el pensarlo.
Á Adela de Monreal.

MATILDE. La que en el baile... Ya caigo...
¿Y usted estará celoso?

S. GENARO. Su traicion me deja el campo
libre, que no inspira celos
un proceder tan villano.

MATILDE. Tiene usted razon... su torpe
conducta nos pone á ambos
en la triste situacion
de olvidar y despreciarlos.
No hablemos mas. ¿Y esta noche
se va con ella?

S. GENARO. El engaño.
es mayor, porque no sale
de Madrid.

MATILDE. ¡Ah!

S. GENARO. Sin embargo,
no vendrá aquí... porque Adela
le está en su casa esperando,
y él con ella divertido
pasará la noche en tanto

que usted sin culpa sufriendo
llorará por él.

MATILDE. ¡Ingrato!
¿Puede caber en un hombre
tal ruindad, Dios soberano?
No es posible.

S. GENARO. Yo no miento.

MATILDE. Perdone usted mi arrebato;
es este corazon mio
que se me asoma á los labios.

S. GENARO. Es natural.

MATILDE. Para siempre
de su cariño me aparto.
Pero yo quisiera pruebas,
pruebas... pruebas que en el acto
y sin tardar confundieran
al vil, al traidor, al falso.

S. GENARO. ¿Pruebas? Esta misma noche,
si usted se encuentra con ánimo,
en casa de la que adora
le hallará usted.

MATILDE. ¿Yo? ¡Qué escándolo!
¿Yo descender á?... ¡Imposible!

S. GENARO. No encuentro nada de extraño.

MATILDE. Oh, no me atrevo...

S. GENARO. ¡Paciencia!

MATILDE. ¿No hay mas medio?

S. GENARO. No lo alcanzo.
Porque mañana su esposo
con cualquier pretexto vano
vuelve á engañarla...

MATILDE. Eso nunca,
ántes quiero averiguarlo...

S. GENARO. Pues no hay mas prueba, señora.

MATILDE. ¿Con qué en casa de ella?

S. GENARO. Es claro.

MATILDE. ¿Y usted juzga fácil cosa?

S. GENARO. ¡Bah! No tenga usted cuidado.
Toma usted un coche, llega,
pregunta por mí, ocultando
siempre su nombre...

MATILDE. Eso sí.

S. GENARO. Y cuando esté mas ufano
su esposo, presento á usted...

	y ambos así nos vengamos!
MATILDE.	Bien, las señas de su casa
	y la hora fatal aguardo.
	Pues en la calle de... (*Jorge aparece por el fondo.*)
S. GENA. / MATILDE.	(*Viendo á Jorge.*) ¡Jorge! (*Se separan.*)
JORGE.	(Aun juntitos... Aquí hay algo.)

ESCENA XIV.

DICHOS.—MARQUÉS.

MARQUES.	(Me parece que se turban.)
MATILDE.	Jorge. (*Yendo hácia él.*)
MARQUES.	(Si estaré soñando.)
MATILDE.	Vuelves...
MARQUES.	Por unos papeles
	que me son muy necesarios,
	y olvidé en este cajon.
MATILDE.	Yo te ayudaré á buscarlos.
MARQUES.	Tú?
MATILDE.	Porque no te detengas,
MARQUES.	(¿Qué tal, eh?) Pronto despacho.
MATILDE.	¿Con qué hasta mañana?...
MARQUES.	Sí.
MATILDE.	(La otra le estará esperando.)
	(*Incomodada rasga unos papeles.*)
MARQUES.	No me rompas los papeles.
	(Se impacienta porque tardo
	en irme. ¡Qué rabia!)

ESCENA XV.

DICHOS.—CORONEL.

CORONEL.	¡Hola!
	¿Los esposos mano á mano?
	Me alegro mucho.
MARQUES.	(Se alegra.)
CORONEL.	Con toda mi fuerza aplaudo...
	Señor baron... (Este pez...)
S. GENARO.	¿Cuándo es la marcha?

ESCENA XVI.

DICHOS.—MOSQUERA.

MOSQUERA. (*Al Coronel.*) El encargo.
que me hizo usté, está cumplido.
El billete ya tomado
devolví.
CORONEL. Pues ya lo quiero
MOSQUERA. ¿Otra vez?
CORONEL. Si, ya me marcho,
que reina la paz en casa.
S. GENARO. (La paz del perro y el gato.)
MOSQUERA. Segun eso...
CORONEL. Vuelve y tómale.
MOSQUERA. Bien, señor. (Y va de cuatro.) (*Vase.*)
MARQUES. Estos son. (*Cogiendo los papeles.*)
MATILDE. Gracias al cielo.
MARQUES. (Aquí se queda su hermano
mientras yo... ¡Yo no me voy!
Salgo á la calle y el paso
vuelvo por donde salí...
Si llego á averiguar algo...
¡Dios mio! ¿estaré en berlina?
No lo creo y sin embargo
dudo de ella, y ¿por qué dudo?
¿Por qué? Porque yo he faltado.
CORONEL. ¿Hablas solo, cuñadito?
MARQUES. ¿Yo? no, estaba calculando...
CORONEL. Creí...
MARQUES. (Volveré en seguida.)
MATILDE. Toma el sombrero.
MARQUES. (Dios santo,
que prisa tiene.)
MATILDE. Te ruego
que despaches bien tu encargo,
qué no te apresures...
MARQUES. ¡Pues!
MATILDE. Por mí no pases cuidado.
MARQUES. (¿Se burla de mi?)
MATILDE. A dios, Jorge.
CORONEL. Si quieres, yo te acompaño...
MARQUES. No, quédate en casa.

MAATILDE. (Quiere
estar libre.)
CORONEL. (Por si acaso.) (*Vase.*)

ESCENA XVII.

MATILDE.—CORONEL.—SAN GENARO.

CORONEL. ¿Dónde va Jorge?
MATILDE. A... No sé.
S. GENARO. Segun dijo y por la traza
parece que va de caza.
CORONEL. ¿De caza? Lo sospeché.
¿Ya la pasada tormenta
trocóse en bien segun veo?
MATILDE. ¿Y tú lo crees?
CORONEL. Lo creo.
MATILDE. Pues no hay tal cosa.
(*El coronel se sienta al lado de Matilde.*)
S. GENARO. (Se sienta.) (*Sale Juan con luces.*)
¿Cómo la podré decir?
pues si pierdo esta ocasion...
CORONEL. ¿Y que ha sido en conclusion?
S. GENARO. Si la pudiera escribir...
Ah! con lapiz... Ven acá. (*A Juan.*)
¿quieres ganar veinte duros?
JUAN. Si tal.
S. GENARO. Los tienes seguros
si haces lo que mando
JUAN. ¡Ya!
S. GENARO. Hora y sitio. Esta tarjeta
(*Despues de escribir en ella.*)
has de dar á tu señora,
á ella solo. Y toma ahora. (*Le da dinero.*)
CORONEL. Pues su conducta me inquieta.
S. GENARO. Señores. (*Despidiéndose.*)
MATILDE. ¿Se va usted?
S. GENARO. Si:
Tengo que dar cierto aviso
y para ello es preciso
que yo me ausente de aquí. (*Vase.*)
CORONEL. Me alegro de que nos deje.
Nunca de tí se separa...

ESCENA VIII.

CORONEL.—MATILDE.—MOSQUERA.—JUAN.

MOSQUERA. Perdone usted. (Esta cara...)
(*Al entrar tropieza con el baron que sale.*)
MATILDE. ¿Y quieres que yo me queje
porque respetuoso, humilde,
nos prodiga su amistad?
CORONEL. Pero tanta asiduidad
es sospechosa, Matilde.
Además, ese baron
que tanto lujo mantiene
¿quién sabe de donde viene?
JUAN. (Espiemos la ocasion.)
CORONEL. Su amistad con tu marido
no me fué de buen agüero
despues del desaire fiero
que en esta casa ha sufrido.
MOSQUERA. (Hablan del baron.) (*Desde el fondo.*)
CORONEL. Su nombre
que él oculta cuidadoso
con ese título honroso,
me hace sospechar de ese hombre.
Esto se decia ahora
en cierta reunion, y allí
algunas frases oí...
MATILDE. Quizá calumnia traidora...
CORONEL. ¡Quién sabe! Allí se decia
que su nombre verdadero,
era el de José Romero.
MOSQUERA. (Qué escucho.)
CORONEL. Y uno añadia
mil pullas á su fortuna.
MATILDE. Siempre la murmuracion.
MOSQUERA. (¿José Romero el baron?)
Su nombre y cara son una
misma cosa para mí...
Aquí entre cejas le traigo...
¡José Romero!
(*Dándose una palmada en la frente.*)
(Ya caigo...
en donde la conocí.)
CORONEL. ¿Qué es eso? ¿Traes el billete? (*A Mosquera.*)

MOSQUERA. Sí señor.
CORONEL. Ya no me voy.
Devuélvelo.
MOSQUERA. Pues estoy
lucido.
CORONEL. Corre. (*Se va por la puerta izquierda.*)
MOSQUERA. (Y van siete.)
¿Con que el baron es aquel? (*Desde la puerta.*)
JUAN. ¡Señora!
(*Acercándose con misterio á Matilde y enseñándole la tarjeta del baron.*)
MATILDE. ¿Eh? ¿Qué me enseñas?
JUAN. Esta tarjeta. (*Dándosela.*)
MATILDE. Las señas (*Leyéndola.*)
que me ha ofrecido.
MOSQUERA. (¡Un papel!) (*Que lo ha notado.*)
MATILDE. (*Leyendo.*) »Alcalá, número veinte.
»A las nueve de la noche.
»Vaya usted sola y en coche.»
MOSQUERA. (¡Criado mas insolente!)
MATILDE. ¡Ciega estoy! ¿qué haré Dios mio?
(*Entra por la derecha.*)

ESCENA XIX.

MOSQUERA.—JUAN.

MOSQUERA. (*Cogiendo á Juan por el cuello.*)
Venga usted acá, bergante,
y sepa que en adelante
no ha de haber aquí más lío.
Te he dicho serio y en calma
que en servir bien te desveles,
¿y tú me andas con papeles?
Te voy á romper el alma.
JUAN. ¡Socorro!
MOSQUERA. Calla, truhan,
que además de sacudirte
el polvo y de despedirte,
vas á contarme el desman.
¿Quién te ha mandado?...
JUAN. Yo sudo.
¡Ay, ay! ¡que me hace usted daño!
MOSQUERA. Voy á sacarte el redaño:

habla pronto ó te sacudo
de veras.

JUAN. Bien, yo diré...
El baron...

MOSQUERA. ¿José Romero?
No digas más, ya lo infiero.

JUAN. Me suplicó y me ablandé.

MOSQUERA. Esta casa es un infierno,
yo no sé lo que aqui pasa,
pero en fin, en esta casa
hay algun mal muy interno.
Y á tí que al genio del mal
prestas tu cooperacion,
te dejo sin esternon.
¿Me entiendes ahora, animal?

ESCENA XX.

DICHOS.—MARQUES.

MARQUES. ¿Qué es eso?

MOSQUERA. Lástima es
que vengan á detenerme.

JUAN. Los huesos quiere molerme.

MOSQUERA. Con razon, señor marqués.

MARQUES. ¿Con razon? Sépala yo.

MOSQUERA. (¿Cómo se lo digo á él?)

JUAN. Que hable.

MOSQUERA. Calla tú.

JUAN. ¡Cruel!

MARQUES. ¡Silencio. (*A Mosquera.*) Dí.

MOSQUERA. Me ofendió
porque... pues...

MARQUES. (A hablar no acierta.)
Bien está. Salid de aquí.

MOSQUERA. (¿Sospechará?)

JUAN. (Bien salí.)

MOSQUERA. (Por si acaso estaré alerta.)

MARQUES. Que ignoren todos en casa
que en ella de vuelta estoy.

MOSQUERA. (Cuando digo yo que hoy
algo aquí de extraño pasa.) (*Vanse.*)

ESCENA XXI.

MARQUES, solo.

Claro, ninguno ha querido
el motivo confesarme;
ya comienzan á engañarme
mis criados; ¡soy marido!
¿La ventura de mi hogar
habré perdido en un dia?
Dudo de la esposa mia,
y no quisiera dudar.
Pensamiento que me asombras,
¿por qué si ella ha delinquido
vengo aquí como un bandido
á espiarla entre los sombras?
Celos el alma me oprimen...
Yo dí el ejemplo fatal,
y es propio de un criminal
ver en los demás el crimen.
Voy á pedirla perdon
de mi sospecha atrevida.
(*Se dirige á la puerta derecha.*)
Pero ella viene, y vestida
para salir. (*Se oculta.*)

Matilde. ¡Qué traicion!
¡Oh, qué inícua falsedad...
Sí, confundirle prefiero!...
¡De todos modos me muero
en esta horrible ansiedad!
Me está el miedo acobardando,
y la ira empuja mi amor;
no sé si es miedo ó valor,
sólo sé que voy temblando.
Mucho ánimo necesito,
pero es grande mi deseo:
por la vez primera creo
que he cometido un delito.
En el silencio sagrado
iré de la noche triste;
tambien la virtud se viste
con el traje del pecado.
(*Se va por el fondo. El marpués pálido y desen-*

cajado se deja caer sobre un sillon: poco despues se levanta furioso.)

MARQUES. Ella, en quien yo la esperanza
de mi amor cifré há un instante,
tambien vergonzosa amante
su casa deja... ¡Venganza! (*Se dirige al cajon de la mesa, saca una pistola y baja al proscenio.*)
Todo acabó entre los dos...
Callado la seguiré...
¿Seré justo? No lo sé;
¡pero que me juzgue Dios!

ESCENA XXII.

EL MARQUES.—MOSQUERA.

MOSQUERA. ¡Señor! (*Poniéndose delante.*)
MARQUES. ¡Me engañan y quiero
apurar mi mala estrella!
MOSQUERA. ¡Si sospecha usted de ella,
máteme usté á mí primero!
MARQUES. ¡Atrás!
MOSQUERA. No le dejaré
salir solo. (*Se arrodilla.*)
MARQUES. Mi furor...
MOSQUERA. Permítame usted, señor,
que yo le acompañe á usté.
MARQUES. Mal tu cariño me increpa
cuando mi deshonra ves;
lo que más me irrita es
el temor de que se sepa.
(*Mosquera quiere hablar.*)
¡Calla! Ninguno esta mengua
á saber tiene derecho,
y si lo sabe tu pecho,
que no lo diga tu lengua.
En la sombra con recato
quede mi afrenta guardada.
MOSQUERA. ¡Señor!
MARQUES Tú no sabes nada,
y si lo sabes te mato.
(*Se deshace de él y se va por el fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Adela. Puertas laterales en primer término: un velador, sofá y butacas, etc. A la izquierda del actor, en segundo término, puerta secreta. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ADELA.—El CONDE.—El DUQUE.—DAMIAN.

DAMIAN. Pero, conde de mi alma,
¿cuándo cesa tu manía?
Dos horas hace que te oigo
ponderarme la corrida.
Que los toros fueron buenos,
que hubo lances y embestidas,
y estocadas recibiendo,
y suerte de banderillas;
todo eso será verdad,
pero si á mí no me quitan
el sueño los toros.

CONDE. Hombre,
te has perdido la corrida
mejor de la temporada.

DAMIAN. No lo tengo á gran desdicha.

CONDE. ¡Vaya unos vichos bien puestos,
qué estocadas y qué picas!

DAMIAN. ¿Y á mí qué?

CONDE. No tienes sangre

española si criticas
esa diversion que sólo
en esta tierra se admira.

DAMIAN. ¡Bah! Dejémonos de toros. (*Se levanta.*)

ADELA. Damian, yo sufro la misma
suerte que usted, pues el duque
me tiene la sangre frita
ponderándome su tronco
y su yegua Constantina,
y sus...

DAMIAN. ¡Lo que es la aficion!

DUQUE. ¿Qué hemos de hacer, voto á cribas?
Mientras los pobres trbajan
y los políticos gritan,
los ricos ¿qué hemos de hacer?

CONDE. La ociosidad es maligna
para el alma y para el cuerpo,
segun dice la doctrina.

DUQUE. A mí sólo las carreras,
las *steeple chasse* me dominan.
¡Vale más un buen caballo!...

DAMIAN. ¡Qué aficion tan decidida!

ADELA. Y si no hubiera animales,
¿cómo ustedes vivirian?

DUQUE. ¿Adela, es una indirecta?

ADELA. No, lo digo sin malicia.

DAMIAN. Hace dias que no veo
al baron. ¿Qué es de su vida?

CONDE. Amigo mio, el baron
está... si no lo creerias...
enamorado.

DAMIAN. ¿De quién?

CONDE. De la marquesa de Alcira.

DUQUE. Damian, que Adela nos oye:
no renovemos la herida.

ADELA. Hablen ustedes sin miedo,
(*Señalando al pecho.*)
que aquí no hay más que cenizas.

DAMIAN. De todos modos su llama
no ha de ser correspondida.

CONDE. ¿Por qué?...

DAMIAN. Porque la marquesa
ama á su esposo, delira
por él.

CONDE. Amor de casadas;
mucho fuego al primer dia,
al segundo ya se cansan,
y al tercero se fastidian.

DAMIAN. Pues señores, por mi parte,
estoy montado á la antigua:
creo en el amor doméstico...

TODOS. ¡Ja, ja, ja!

DAMIAN. Aunque os cause risa;
y no dudo del amor
de la marquesa de Alcira:
por su virtud en el fuego
ambas manos meteria.

ESCENA II.

DICHOS. — BARON.

S. GENARO. Pues no es prudente apostar...
¡quién sabe si perderias!

LOS TRES. ¡El baron!

DAMIAN. Cuando lo vea
creeré la apuesta perdida.

S. GENARO. (*Con petulancia formando con ellos un grupo al extremo. Adela pone atencion.*)
A veces quien ménos vale...
Yo espero aquí una visita
de cierta dama...

CONDE. ¿De quién?

DUQUE. Su nombre.

S. GENARO. No: ¿quién publica
favores de amor que pueden
comprometer?...

CONDE. (*Al duque.*) Si es la misma...

DAMIAN. (Petulante es el baron.)

S. GENARO. ¡Pedro! (*Llama al criado y habla con él.*)

PEDRO. ¡Señor!

S. GENARO. Vete y cuida
de conducir á esta sala,
sin que nadie se aperciba,
á una señora que pronto
debe llegar Si vacila
la dirás que yo la espero,
que de mí no desconfia;

y por la escalera falsa
que á esa parte comunica
la traes pasándome aviso.

PEDRO. Bien está. (*Vase.*)

DUQUE. ¿Es la consabida?
(*Formando un grupo aparte con el conde y Damian.*)

ADELA. (Al fin la veré á mis plantas.) (*Levantándose.*)

DUQUE. ¿Se va usted?

ADELA. Una visita...
Pero en la sala de juego,
el tresillo les convida...
Vuelvo pronto. (*Vase por la derecha.*)

CONDE. ¡Qué mujeres!
(*Dando el brazo á Damian y siguiendo al duque y San Genaro.*)
¿Te atreverás todavía
á dudar que todas son
iguales ó parecidas?

DAMIAN. Yo pienso como aquel santo,
ver y creer.

CONDE. Lo decias
tú há poco, Damian amigo,
estás montado á la antigua.
(*Entran por la izquierda.*)

ESCENA III.

La escena queda sola un momento: ábrese la puerta secreta y aparece PEDRO guiando á la MARQUESA que viene cubierta.

PEDRO. Aqui debe usté esperar,
segun me dijo el baron.

MATILDE. Está bien, esperaré;
avisale pronto.

PEDRO. Voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MATILDE.

MATILDE. ¿Dónde me llevan los celos, (*Quitándose el velo.*)
á dónde mi turbacion?

¿qué sombrío pensamiento
el alma me cautivó,
que me empuja hácia adelante
con loca fascinacion?
¡Locura extraña la mia!
vengo á sorprenderle yo,
y verle será mi muerte...
No quiero verle ¡qué horror!
volvámonos!—Ah! no puedo...
¡Lucha horrible, lucha atroz!

ESCENA V.

MATILDE.—ADELA.

MATILDE. ¿Quién viene? (*Cubriéndose.*) ¡Es ella!
ADELA. (*Desde la puerta.*) (Por fin
nos encontramos las dos.
Quiero gozarme en su pena
que harto su orgullo me hirió.)
(*Alto á la Marquesa.*)
¿Quién con el rostro cubierto
penetra en mi habitacion?
¿Quién es la que asi se oculta?
Si el espanto ó el rubor
se lo ordena, que se aleje.
¿No me responde usted?
MATILDE. No.
ADELA. ¿Es de vergüenza?
MATILDE. ¡De rabia
y de mortal afliccion!
ADELA. Descúbrase usted.—¡Abajo (*Le quita el velo.*)
ese velo... ¡Santo Dios! (*Mirándola.*)
La marquesa aquí!
MATILDE. Sin duda
ya no le extraña que yo
venga á su casa cubierta.
ADELA. Se me alcanza la razon,
mas tenga usted entendido
que yo aquí la dueña soy.
MATILDE. ¿Es decir que todavia
sin piedad ni compasion
ante la esposa ultrajada
levantará usted la voz?

Es decir que yo, ofendida,
no he de poder, justo Dios,
echarle en cara mis penas
y decirle sin temor:
«¡delante de mí, señora,
baje usted los ojos!...»

ADELA. ¡Oh!

MATILDE. ¡Que nunca miró de frente
á la víctima el traidor!

ADELA. ¡Basta! Si á usted la extravía
tanto cariño, á mí no.

MATILDE. Ya sé que está usted serena,
ya sé que su corazon
no tiembla, porque no pierde
la dicha que pierdo yo.
Pero no vengo á esta casa
á lamentar mi dolor,
vengo á buscar una prueba
terrible de su traicion.

ADELA. ¿Y esa prueba?...

MATILDE. ¿Dónde está
mi esposo?

ADELA. ¡Tanto rigor!
Si usted no se calma...

MATILDE. Es cierto;
no vean mi turbacion;
quiero, como usted, tener
una máscara y valor
para ocultar mi semblante,
espejo del corazon.
Me calmaré, si señora,
y tranquila y sin temor
le esperaré sonriendo,
como usted en su ilusion
le espera todas las noches
llena de impaciente amor...
¿no es verdad? Ya estoy serena.

ADELA. ¿A qué esa triste ficcion?
Veo que usted sufre mucho,
¡y ese es mi triunfo mejor!
¡La desgracia nos iguala!
pues olvidada de Dios,
yo he cruzado mi camino
en alas de la ambicion.

Pero escuché hablar de usted,
de su virtud, de su amor,
y tantos elogios juntos
trastornaron mi razon:
era usted siempre el modelo
de todo: á mi alrededor
no se hablaba de otra cosa;
y creció mi indignacion,
y áun ántes de conocerla,
ya la odiaba á usted.

MATILDE. ¡Qué horror!
Ahora lo comprendo todo...
mas desprecio su intencion.

ADELA. Marquesa, no tan felices
se las prometa usted.

MATILDE. Yo
sé lo que arriesgo, señora,
porque me sobra valor.

ADELA. Los celos pierden á muchas.

MATILDE. Guarde usted esa razon
para aquellas qne no pueden
mirar cara á cara al sol,
porque sus rayos no alumbren
las manchas que hay en su honor.

ADELA. ¡Me alhaga al par que me irrita
su orgullosa condicion!
En esta implacable lucha
yo la vencedora soy,
y la mujer á quien todos
consagran su admiracion,
viene encubierta á mi casa,
envidiosa de mi amor.

MATILDE. ¡Envidiosa! ¿Usted se atreve
á suponer sin razon
que pueda envidiarse nunca
ese inexplicable amor
que se oculta como un crímen,
que es vergüenza, y no pasion,
que delante de las gentes
no se atreve á alzar la voz,
que va minando en las sombras
con sigilosa intencion
la ajena felicidad,
el bien que nunca alcanzó?

¡Oh! si esa llama culpable
diera á mi vida calor,
ántes que sentir su impulso
me arrancára el corazon!

ADELA. (Admiro su fortaleza,
á pesar de mi rencor.)

ESCENA VI.

DICHAS.—SAN GENARO.

S. GENARO. (Es ella, fiel al reclamo.)

MATILDE. ¡Ah! es usted. ¡Gracias á Dios
que le encuentro! Amigo mio,
salgamos sin dilacion
de esta casa; ¡aquí me ahogo!

S. GENARO. ¿Cómo? sorprendido estoy...

ADELA. Yo por mi parte la dejo
sola con su protector. (*Vase.*)

ESCENA VII.

SAN GENARO.—MATILDE.

MATILDE. Baron, salgamos de aquí.

S. GENARO. Su esposo no tardará.

MATILDE. Nada quiero saber ya.

S. GENARO. ¿Está usted segura?

MATILDE. Sí:
salgamos ¡arde mi sien!
de esa muger el desaire
me asesina... ¡quiero aire!
no se respira aquí bien.

S. GENARO. Tenga usté en mí confianza
y cálmese usté un momento,
pues de aplacar su tormento
abrigo yo la esperanza.
Es preciso prevenir
el mal á su tiempo, pues...
yo que me tomo interés
por usted, no he de sufrir...
Marquesa, es muy malo el mundo,
y el humano corazon
es un abismo...

MATILDE. ¡Baron!
S. GENARO. Explicaré en lo que fundo...
Su esposo ¡si es increible!
se olvida de su cariño,
porque el amor, ciego y niño,
corre tras de lo imposible.
Será una fatalidad
que quizás á usted asombre,
mata el amor en el hombre
la mucha seguridad.
Jorge con alma afanosa
sólo volverá á querer
si teme un dia perder
el cariño de su esposa.
MATILDE. ¿Y qué mujer se divierte
con farsa tan fementida?
Cuando el amor es la vida,
se llega honrada á la muerte.
S. GENARO. (*Mirando hácia la puerta secreta.*)
¿Quién? Parecióme escuchar
ruido á esa parte. No hay nada.
(*Aparte.*) (Marquesa, la hora es llegada
de morir ó de triunfar.)
(*Alto.*) Yo al mirar que usted sufria
por causa de su marido,
aquí en mi pecho he sentido
su desgracia como mia.
Yo que he tenido ocasion
de admirar su fortaleza,
su talento, su belleza,
sentí tanta compasion,
y tanto en ello pensé,
que por honda simpatía
se gravó en el alma mia
un amor...
MATILDE. No acabe usté.
S. GENARO. He callado por respeto
á usted, en quien yo miraba
la esperanza qne halagaba
en silencio mi secreto.
Si á usted la ofende esta llama,
culpa ha sido del amor.
MATILDE. Me ofende sólo el valor
de decirme que me ama.

Que me hace su amor ofensa,
lo veo en que aguarda aquí
á declararse ¡ay de mí!
porque me ve sin defensa.
Pero si no puede ser:
lo que dice usted, baron,
delirios nada más son,
y ambos debemos hacer
por olvidarlos.

S. GENARO. Bastante
callé un dia y otro dia,
cuando usted no presumia
que el amigo era un amante.
Los desprecios que usted llora
pueden trocarse en ventura;
yo adoraré su hermosura
de rodillas, como ahora.
(*Va á arrodillarse, ella se lo impide.*)

MATILDE. Levántese usted, pues siento
que voy perdiendo la calma,
y que se me enciende el alma
al mirar su torpe intento:
Hazaña debe de ser
digna de eterna alabanza,
burlar así la esperanza
de una infelice mujer.
Entrar fingiendo amistad
en su casa, y allí, astuto,
dar la delacion por fruto
de su primera maldad.
Avivar una pasion,
favorecer unos celos,
sembrar sospechas, recelos,
y preparar la ocasion.
Si la mujer impaciente
la red con sus celos labra,
ántes que los labios abra,
el vicio mancha su frente.
Y luego, al verla caer,
con sonrisa de impiedad
el hombre grita: «¡Mirad,
no hay virtud en la mujer!»

S. GENARO. Pero disculpa merece
el amor cuando es sincero.

MATILDE. He dicho á usted, caballero,
que no puedo oirle.
S. GENARO. (¡Crece
mi furor!)
MATILDE. Así... (*Queriendo salir.*)
S. GENARO. Señora,
óigame usted.
MATILDE. Nada tengo
que escuchar.
S. GENARO. Pues le prevengo
que me ha de escuchar ahora.
MATILDE. ¿Me impide usted la salida?
S. GENARO. ¡Quién sabe! Desesperado
ya, por usted despreciado,
¿de qué me sirve la vida?
MATILDE. ¡Oh, basta, quiero alejarme!
S. GENARO. ¡Imposible! mi furor,
si desprecia usted mi amor,
servirá para vengarme.
MATILDE. ¡Oh, déjeme usted! (*Da un paso para salir.*)
S. GENARO. (*Cogiéndole una mano.*) Es tarde.
MATILDE. (*Desprendiéndose de él.*)
¡Atrás! Quien pone villano
en una mujer la mano,
es un vil, es un cobarde.
S. GENARO. Señora, que ya á estallar
está pronto mi furor.
MATILDE. Pues si tiene usted valor,
acábeme de matar.
S. GENARO. ¡Cielos! (*Retrocediendo.*)
MATILDE. ¿Mi audacia le espanta?
S GENARO. ¿Qué ocasiona mi inquietud?
MATILDE. La fuerza de la virtud
que tras de mí se levanta.
¿Lo ve usted? Entre los dos,
usted es quien sufre y pena
mientras que yo estoy serena
confiando en mi honor y en Dios.
Pero usted con ese fiero
rencor, indigno de un hombre,
está afrentando hasta el nombre
de noble y de caballero.
Con los celos por mi mal
me dió usté ayer el veneno:

aquí tiene usted mi seno,
cláveme usted el puñal.
¿No? Pues entónces no hay nada
que aquí me detenga más.
¡Atrás! caballero, atrás,
paso á una mujer honrada!
(*San Genaro permanece inmóvil, Matilde sale por el fondo*)

ESCENA VIII.

SAN GENARO.

Quise luchar y vencer...
mas ¿qué influjo misterioso
encadenó mi poder?
¿Quién puede salir airoso
contra una débil mujer?
Su esposo humilde cayó
á los piés de otra belleza;
mas ella se resistió;
¿cómo tanta fortaleza
en una mujer se vió?
Triste, afligida la ví,
despues su labio violento
me apostrofó, y presumí
que era mi remordimiento
que se alzaba contra mí.
¡Mal haya mi confianza!

VOCES DEN. ¡Baron!

S. GENARO. Me llaman... ¿qué haré?
Ya perdi hasta la esperanza
de vengarme, sí...
(*Viendo el manton que Matilde habrá dejado al salir.*)
No á fe,
aquí tengo mi venganza. (*Coge el manton.*)
Oh, sí, mañana dirán
todos lo que afirme yo;
que la marquesa en su afan
esta prenda se dejó
en brazos de su galan. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IX.

MATILDE.

MATILDE. Nadie. En ese corredor
he andado casi perdida
sin encontrar la salida
¿Por dónde entré? Que rumor...
siento pasos. ¿Quién será?
Que no me vean aquí. (*Se oculta.*)
(*Al mismo tiempo asoma Jorge por la puerta secreta y Adela por la derecha, y ven á Matilde que se oculta por la segunda puerta derecha.*)

JORGE. (No me he engañado.)

ADELA. Está allí.

JORGE. (*Viendo á Adela.*) Es ella.

ADELA. (*Viendo á Jorge.*) ¡Jorge! vendrá
sin duda por mí... (¡quién sabe!)

JORGE. (Tranquilizarme conviene.)

ADELA. (No habrá visto nada... El tiene
de esa salida la llave.)

ESCENA X.

ADELA.—JORGE.

ADELA. Jorge, ya estaba impaciente... (*Alto.*)
su tardanza me afligia...
sin vernos en todo un dia...
¿Jorge, qué extraño accidente?

JORGE. (Comprendo... ella escuchará.)

ADELA. (De vengarme es la ocasion.)
(*Acercándose á la puerta por donde se ocultó Matilde.*)
¡Que largos los dias son! (*con coqueteria.*)
acérquese usted acá.

JORGE. A su mandato sumiso
estoy siempre.

ADELA. Cerca... así.
¿se ha olvidado usted de mí?

JORGE. ¿Esa pregunta?

ADELA. Es preciso.
Mi propia tranquilidad

exige que usted me diga,
si áun en su memoria abriga
recuerdos de mi... amistad.

JORGE. Mi memoria fiel ha sido,
no olvidó.

ADELA. (*Muy alegre.*) Bien por mi vida.

JORGE. Justo, porque nadie olvida
aquello que no ha querido.

ADELA. (*Levantándose.*) ¡Marqués! ¿Habré estado yo soñando? Antes venia
usted aquí, y me decia...

JORGE. ¿Acaso lisonjas?

ADELA. (*Pasa al otro lado.*) ¡Oh!

JORGE. Nunca desconoceré
lo mucho que la debí;
y usted me conoce á mí,
y yo la conozco á usted.
Cosas del mundo, señora,
yo á mi Matilde...

ADELA. ¡Qué escucho!

JORGE. Si antes la queria mucho,
áun la quiero mas ahora.

ADELA. A insultarme usted se atreve
sin duda en mi propia casa.

JORGE. Mi prudencia no traspasa
mas allá de lo que debe.
Y aunque tarde, fuerza es ya
tener una explicacion...
¡Qué largas las horas son!... (*Con ironía.*)
¡Acérquese usted acá!
Hablemos en paz los dos.
Yo, pobre mortal, creia
que algo del mundo sabia,
y me engañé, vive Dios:
pero hay mujeres tan bellas
que le hacen á uno caer
en la idea de creer
que existe algo bueno en ellas.
Mujeres que en su rigor
la ajena ventura envidian,
y por destruirla lidian
con las armas del amor.

ADELA. No me debo incomodar (*Repremiéndose.*)
con usted: es una broma,

y el tiempo malo se toma
como el bueno...

JORGE. A no dudar.

ADELA. Teme usted que yo desarme
su enojo injustificado,
y al verme aquí no ha encontrado
mas medio que el de insultarme.
Guarde su enojo fatal,
que puede ser todavía
que con él pague algun dia
la ventura conyugal.
A veces, áun sin razon,
la virtud más respetada
á pagar se ve obligada
su buena reputacion.
Que nunca falta un ardid...
mas molestándole estoy...
con que... á Dios... Marqués... (¡Me voy
á cien leguas de Madrid!)

ESCENA XI.

JORGE.—MATILDE.

JORGE. ¿Qué querrá decir? Me tienen
sus palabras alarmado...
pero estaré con cuidado.
¡Matilde! (*Acercándose á la puerta derecha.*)

MATILDE. ¡Jorge!...
(*Asomándose para salir á la misma puerta.*)

JORGE. (*Señalando al ruido.*) ¡Qué vienen!
(*Vuelve ella á ocultarse, y Jorge se queda en el fondo.*)

ESCENA XII.

JORGE.—SAN GENARO.—DAMIAN.—DUQUE.—CONDE, sin ver al marqués.

DUQUE. Ya se ha marchado la corza
dejándonos á la luna
de Valencia.

S. GENARO. Este, señores.
prenda fué de la ventura

que aquí gozó el alma mia
al ver su rostro.

CONDE. Sin duda
temió por nosotros, y eso
que ningun hombre se asusta
de estas cosas.

DUQUE. Sí, Damian
piensa con devocion suma
que puede el amor vivir
bajo la nupcial coyunda.

DAMIAN. No la juzgué tan liviana.

CONDE. Siempre acierta quien mal juzga.

DUQUE. Baron, con este trofeo
de una virtud tan adusta
puedes ya tu biblioteca
enriquecer. Si pregunta
algun curioso por él,
con un rasgo le dibujas
la cabeza del marido
que debe ser algo ruda.

CONDE. Verdad es. Y cuando en todas
partes sepan la aventura,
vereis como al verle entrar
murmuran en voz confusa
las frases de «¡pobre hombre...
y como lo disimula!...»

DUQUE. Mientras él pondrá una cara...

S. GENARO. Mi mente se lo figura,
muy fosco, muy espetado,
miéntras la risa circula
por el salon...

TODOS. ¡Já, já, já!

DUQUE. Sin que él averigüe nunca...

CONDE. Ya creo que lo estoy viendo.

DUQUE. Yo tambien. ¡Já, já!

(El marqués baja sin ser visto hasta colocarse en medio de ellos: el conde y el duque suspenden de pronto la risa quedando como estátuas.)

S. GENARO. Me gusta.

ESCENA XIV.

DICHOS.--JORGE.

JORGE. ¡Já, já! reid, el marido
con vosotros capitula;
¿ó preferís que en su engaño
os ponga la cara adusta
como esos pobres celosos
que sus desgracias abultan?
¡Reid! ¡es chistoso el lance!...
¿Están vuestas lenguas mudas?
miradme... ¿No os causo risa?
¿Mi semblante no os anuncia
por lo fosco y por lo uraño
que merezco vuestras burlas?
¿No me creeis engañado,
y que mi honra se anubla?
Pues soltad la carcajada,
que es graciosa la aventura.

S. GENARO ¡Marqués!

JORGE. ¡Silencio! Una vez
que el chiste no continúa,
tendré que formalizarme,
aunque mucho me disgusta.
(*Al baron cambiando de tono*)
Esa prenda que un malvado
con vil intento disculpa,
es un robo que á mi esposa
se hizo aquí con torpe astucia.

S. GENARO. ¡Vive el cielo!

JORGE. Aquí, delante
de todos, mi lengua acusa
á este hombre de ladron...

S. GENARO. ¡Sangre me pide esa injuria!

JORGE. Señores, desde esa puerta
oí la verdad desnuda.
Este hombre ruin ha inventado
la más vil de las calumnias.
Si hay aquí quien le apadrine...

S. GENARO. ¿Sereis mis padrinos?

DAMIAN. (*Volviéndole la espalda*)
Nunca.

DUQUE.
CONDE. } Yo sí.

S. GENARO. ¡Mil gracias, señores!
salgamos y que se cumpla
lo que el destino disponga.

JORGE. Ya la tardanza me abruma.

ESCENA XV.

DICHOS. — MATILDE.

MATILDE. Jorge, en nombre de mi amor,
tú que sabes su impostura
despréciala.

TODOS. ¡La marquesa!

S. GENARO. ¿Qué es esto?

JORGE. Aunque me repugna
la venganza, necesito
castigar su lengua inmunda.
Vamos.

MATILDE. Detente.

JORGE. No puedo.

MATILDE. ¡Por Dios!

JORGE. ¡Dios es quien me escuda!
(*Van á salir, los detienen el Coronel y Mosquera.*)

ESCENA XVI.

DICHOS.—EL CORONEL.—MOSQUERA.

CORONEL. Jorge.

JORGE. ¡Atrás!

CORONEL. Dios te prohibe
que desciendas de tu altura,
por cruzar tu noble acero
con un criminal.

S. GENARO. (¡Me insulta!)

DUQUE. ¿Qué dice usted, coronel?

CORONEL. Lo que mi honor asegura.
El baron de San Genaro
no desciende de alta alcurnia,
y ese título que ostenta,
descaradamente usurpa.

De la cárcel de Valencia
huyó burlando la astucia
de todos.

MOSQUERA. Yo soy testigo.
Compañero, te saluda
otro que estuvo en la cárcel
aunque por distinta culpa.
¿Me entiendes, José Romero?

DUQUE. Baron, la ofensa es tan pública,
que si es cierto lo que dicen
á nuestra amistad renuncia.

S. GENARO. De esa acusacion terrible
razones daré oportunas
luego que vengue el ultraje
que me hizo el marqués.

DUQUE. Ninguna
ofensa igual al delito
que cara á cara te imputan.

MOSQUERA. Si él á negarlo se atreve
dirá el juez lo que presuma.
Yo le conocí en la cárcel,
y por estafa.

TODOS. ¡Oh! (*Separándose de él.*)

S. GENARO. ¡Nunca!
(*A Jorge con desesperacion.*
Si no es usted un cobarde,
el duelo no se interrumpa.

DUQUE. Poco á poco, yo no debo
ser padrino...

CONDE. Ni yo.

JORGE. ¿Dudan
los que tanto celebraban
su criminal aventura?

CONDE. Tiene usted razon, Marqués.

DAMIAN. La leccion es oportuna.

MARQUES. En cuanto á usted, no merece
ser objeto de mi furia.
Lo abandono á la justicia,
que ella juzgue su conducta.

MOSQUERA. De eso he de encargarme yo
no sea que se escabulla.

S. GENARO. Dispuesto á sufrir mi suerte
nada me espanta ni asusta. (*A Matilde.*)
Pero usted cuya virtud...

MATILDE. ¡Declaraciones absurdas!
si yo sé que soy honrada,
y mi esposo no lo duda.
Jorge lo que aquí ha pasado
sabe bien.

MOSQUERA. Con que apresura (*Al baron.*)
el paso, José Romero,
verás que vida tan cuca
en el Saladero pasas;
te espera abajo una turba
de civiles. Con que anda
derecho. (*Se lo lleva.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos BARON.—MOSQUERA.

DAMIAN. Si nuestra súplica,
marquesa, alcanza el olvido
que su bondad nos anuncia,
perdone usted el agravio...

JORGE. Será esta noche la última
que pasemos en Madrid.
Mañana mismo la ruta
emprenderemos á Italia.
No teman ustedes que huya
de la sociedad por eso...
Aunque los ruines abundan,
la sociedad no es tan mala
como ustedes se figuran.

MATILDE. La sociedad no es impía;
y á pesar de sus errores,
rinde al fin justos loores
al que honrado en ella fia.
¡Mengua al que en su ingratitud,
envilecido y violento,
con villano pensamiento
escarnezca la virtud!
¡Yo iré de ella siempre en pos!
¡Que la virtud en su esencia
es la paz de la conciencia,
es la justicia de Dios!

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO ACTO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.		NOMBRES DE LOS AUTORES.	PRS.
Los dos ciegos	Libreto.	D. Luis de Olona	4
Pablito	Idem.	Idem	4
Por cana más ó ménos	Libreto.	Antonio Carralon de la Rua	4
	Música.	Manuel Crescj	140
Por un paraguas	Libreto.	Luis García Luna	4
	Música.	Lázaro Núñez-Robres	140
Un estreno. (Monólogo)	Libreto.	José D'Araujo	2
Un ayo para el niño	Música.	Emilio Arrieta	160
EN DOS ACTOS.			
Bruschino	Libreto.	Sres. Olona y Pina	6
De incógnito	Idem.	D. Cárlos Frontaura	6
	Música.	Sres. Giosa y Cepeda	300
El postillon de la Rioja	Libreto	D. Luis de Olona	6
El resucitado	Libreto.	Luis Rivera	6
	Música.	Tomás Gonzalez Yañez	280
Entre mi mujer y el negro	Libreto.	Luis de Olona	6
La cola del diablo	Idem.	Idem	6
Marina	Música.	Emilio Arrieta	280
Llamada y tropa	Idem.	Idem	280
¡Quién manda, manda!	Idem.	Idem	280
EN TRES Ó MÁS ACTOS.			
Amor y misterio	Libreto.	D. Luis de Olona	8
Amor y arte	Libreto.	José Zorrilla	8
	Música.	Joaquin Balart	360
Amar sin conocer	Libreto.	Luis de Olona	8
Azón Vizconti	Música.	Emilio Arrieta	360
Catalina	Libreto.	Luis de Olona	8
Campanone	Idem.	Sres. Frontaura y Rivera	8
	Música.	Sres. Mazza y Di-Franco	360
Dos coronas	Idem.	D. Emilio Arrieta	360
El arca de Noé	Idem.	Manuel Crescj	320
El valle de Andorra	Libreto.	Luis de Olona	8
El hijo de familia ó el lancero voluntario	Idem.	Sres. Olona, G. Gutierrez y Ayala.	8
	Música.	Varios maestros	300
El sargento Federico	Libreto.	D. Luis de Olona	8
El juramento	Idem.	Idem	8
El paraíso en Madrid	Idem.	Luis Rivera	8
El secreto de una dama	Idem.	Idem	8
El agente de matrimonios	Música.	Emilio Arrieta	360
El caudillo de Baza	Libreto.	Luis de Olona	8
	Música.	Emilio Arrieta	360
El dominó azul	Idem.	Idem	340
El planeta Vénus	Idem.	Idem	360
Galanteos en Venecia	Libreto.	Luis de Olona	8
Giralda ó el marido misterioso	Idem.	Cárlos Frontaura	8
	Música.	Mr. Adam	400
La embajadora	Libreto.	Antonio María Segovia	8
	Música.	Extranjera	400
La cacería real	Idem.	Emilio Arrieta	360
La Estrella de Madrid	Idem.	Idem	360
La tabernera de Lóndres	Música.	Emilio Arrieta	360
Los piratas	Libreto.	Luis Rivera	8
Los magyares	Idem.	Luis de Olona	8
Los circasianos	Idem.	Idem	8
	Música.	Emilio Arrieta	360
Mis dos mujeres	Libreto.	Luis de Olona	8
Rival y Duende	Idem.	José Aparicí	8
	Música.	Gabriel Balart	360
Un dia de reinado (Mitad)	Libreto.	Luis de Olona	8
Un viaje alrededor de mi suegro	Idem.	Luis Rivera	8
Un trono y un desengaño. (3.ª parte)	Música.	Emilio Arrieta	360
OBRAS.			
Comentarios del emperador Cárlos V.		D. Luis de Olona	16
Historia de la música española (4 tm).		Mariano Soriano Fuertes	100
Ecos nacionales (Poesías)		Ventura Ruiz Aguilera	12
Ecos del alma (Id.)		Eduardo Zamora y Caballero	8
Veladas poéticas (Id.)		Ventura Ruiz Aguilera	6
El beso de Judas (Novela)		Idem	6
La niña Expósita (Id.)		Eduardo Zamora y Caballero	8
Historia de una venganza (Id.)		Manuel Fernandez y Gonzalez	8
Una vírgen y un demente (Id.)		Luis García de Luna	8
Catecismo de la Doctrina y Compendio de la Historia Sagrada		Juan Diaz de Baeza	4
Etica elemental		Idem	42

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

Calle de Carretas, número 9.

EN PROVINCIAS.

Albacete....	Cánovas.
Alcoy.....	Payá é hijo.
Andújar....	Brunet.
Algeciras...	Joarizti.
Alicante....	Lloret.
Almería....	Alvarez.
Aranjuez....	Santistéban.
Avila.....	Gomez.
Bailen.....	Moreno Sellés.
Badajoz....	Coronado.
Baeza.....	Segura.
Barcelona....	Mayol.
Bilbao.....	Astuy.
Búrgos.....	Hervias.
Cabra.....	Castilla.
Cáceres....	Valiente.
Cádiz.....	Verdugo, Morillas y Compañía.
Ceuta.....	Bosqui.
Córdoba....	Lozano.
Cuenca.....	Mariana.
Castellon....	Perales.
Ciudad-Real..	Acozta.
Coruña....	Lago.
Cartagena....	Muñoz.
Calatayud...	Hidalgo y Ucelay.
Chiclana....	Cañizares.
Ecija.....	Isla.
Ferrol.....	Tajonera.
Figueras....	Bosch.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada....	Zamora.
Guadalajara...	Oñana.
Habana....	Uriarte.
Haro......	Quintana.
Huelva....	Osorno é hijo.
Huesca.....	Guillen.
Jaen......	Hidalgo.
Jerez......	Alvarez Aranda.
Leon......	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Casals.
Lugo......	Viuda de Pujol y hermano.
Lorca.....	Gomez.
Logroño....	Brieba.
Loja......	Cano.
Málaga.....	Laá.
Manila.....	Olona y Comp.
Mataró.....	Clavel.
Martos.....	Armillas.
Murcia....	Herederos de Andrion.
Motril.....	Ballesteros.
Mahon.....	Vinent.
Orense....	Perez.
Orihuela....	Martinez.
Oviedo....	Lorente.
Osuna.....	Montero.
Palencia....	Gutierrez é hijos.
Palma.....	Gelabert.
Pamplona...	Rios y Barrena.
Pontevedra...	Hernando.
Puerto de Santa María...	A. Rafozo.
Puerto Rico (Mayagües)..	Mestre y Tomas.
Reus.....	Prius.
Ronda.....	Gutierrez.
Sanlúcar....	Oña.
San Fernando.	Molinelo.
Santa Cruz de Tenerife...	Savoié.
Santander....	Hernandez.
Santiago.....	Escribano.
Soria......	Perez Rioja.
Segovia.....	Revilla.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla......	Alvarez y Comp.
Salamanca...	Huebra.
Segorbe.....	Mengort.
San Ildefonso..	Alderete.
Tarragona....	Font.
Toro......	Tejedor.
Toledo.....	Fernandez.
Teruel.....	Baquedano.
Tudela.....	Izalzu.
Talavera.....	Castro (Sanchez.)
Tarazona....	Ventura.
Valencia....	García.
Valladolid...	Hijos de Rodriguez.
Vigo......	Fernandez Dios.
Vitoria.....	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú....	Creus.
Ubeda.....	Perez.
Zamora.....	Fuertes.
Zaragoza....	Viuda de Heredia.